

JENNY DEL

**UN AMOR
CERRADO POR
VACACIONES**



JENNY DEL

**UN AMOR
CERRADO POR
VACACIONES**

JENNY DEL

**UN AMOR
CERRADO POR
VACACIONES**

Primera edición.

Un amor cerrado por vacaciones

©Jenny Del.

©febrero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Un amor cerrado por vacaciones

©Jenny Del.

©febrero, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Seis años antes...

—Javier, ¿estás contento? —le preguntaba a mi marido ahuecándome en su pecho. Necesitaba escucharlo de su boca, que me dijese que se alegraba tanto como yo de que la pequeña niñita china a por la que volábamos formase parte de nuestra familia, convirtiéndose en nuestra ansiada hija.

A mis 32 años, habíamos intentado ser padres biológicos de todas las formas habidas y por haber, y lo cierto es que, en contra de otros muchos, nuestro proceso resultó lento, caro, tortuoso, desesperante y, lo que es mucho peor: infructuoso.

Desde niña había anhelado ser madre más que nada en el mundo y, cuando en el instituto conocí a Javier intuí al instante que se trataba del hombre de mi vida, con el cual quería casarme y convertirme en madre.

Yo iba tres cursos por detrás de aquel chico que no solo me hacía babear por convertirse en el mejor amigo de mi hermano mayor, de Alberto, sino por ser el más guapo de todos los que ocupaban las aulas.

Las chicas suspiraban a su paso y yo... Yo me devanaba los sesos para llamar su atención, tanto allí como en casa de nuestros padres, a la que acudía a menudo para estar con su amigo, por mucho que me reventase que lo primero que hiciesen fuera cerrar la puerta del dormitorio de Alberto en cuanto entraban en él.

Se trataba de su modo de evadirse para adentrarse en ese otro mundo que a mí aún me estaba vetado por ser poco menos que una cría sintiendo, por primera vez, los flechazos de Cupido.

No voy a negar que todas las tardes que él se pasaba por allí, yo terminaba haciendo los deberes al pie de la escalera, con aire distraído, tratando de coger onda, de oír algo de lo que se cocía en ese otro universo excitante de los de último curso del que parecía separarme un abismo.

En más de una ocasión, también he de reconocerlo, terminé llorando a moco tendido en mi dormitorio, después de escucharle decir a Javier que se zumbaría a esta o a aquella en tal o cual fiesta.

Eran jóvenes, pero precoces... Mi hermano y el chico que me había robado el corazón contaban con un éxito arrollador y, aunque yo también tenía fama de guapa, a ojos de Javier no era más que una pipiola.

Cuánto sufría en esos momentos y, sin embargo, cuánto hubiese dado por volver a ellos años después cuando, ya casada con él, las cosas se me pusieron feas. Pero no debo adelantar acontecimientos y ya lo estoy haciendo, me hace precipitarme el hecho de que, aunque terminé por conseguirle, no me comí tantas perdices como tenía en mente con mi enamorado.

Si cierro los ojos, revivo la emoción que sentí cuando, el día que cumplí los 18, Javier apareció con un regalo por mi fiesta de cumple.

—Para la hermana menor más bonita del mundo—me dijo entregándome aquella caja que resultó contener unas zapatillas de bailarina de ballet, disciplina que yo practicaba por aquel entonces con empeño, el mismo que mi padre decía que me faltaba en los estudios. Y tenía razón el hombre.

Mi corazón palpitó fuerte, muy fuerte, y los colores acudieron a mis mejillas de un modo que me causó terror, pues su tinte rojo me delataba. En realidad, no sé a quién pretendía engañar pues por aquel entonces todo mi entorno, incluido Javier, estaba al tanto de mi enamoramiento por aquel rubio de ojos celestes que logró poner mi mundo patas arriba.

—Abril, hija, coge el regalo—me pidió mi madre para sacarme del estado de shock en el que me dejó porque ni le esperaba en la fiesta ni creía que se tomase la molestia de ir a comprar algo para mí. Y mucho menos un regalo tan personal, para lo que tuvo que pedir consejo.

—Ah, sí, claro—balbuceé—. Oye, ¿me consideras como a una hermana menor? —le pregunté sin demora porque esa cuestión se había convertido en la más importante de mi vida, de golpe.

—No, claro que no, Abril... La hermana menor de Alberto, tú ya me entiendes—me respondió junto con un guiño de ojos que protagonizaría mis sueños en los siguientes días.

A partir de entonces, todo cambió, y no solo porque mi cara de lela fuese imborrable, sino porque una noche de sábado le comenté a Alberto que yo podría acompañarles en su salida en moto.

Nada, absolutamente nada, me podría hacer más ilusión que ir con ellos y ser una más en el grupo de sus amigas, de esas que me despertaban una increíble envidia, una envidia que no podía soportar...

— ¿Mi hermana? Pero sí es una cría—le respondió Alberto.

—Ya tiene 18 y seguro que le hace ilusión. Yo mismo la llevaré de paquete—le indicó él.

No voy a olvidar nunca que, justo en ese instante, yo me estaba preparando para merendar un sándwich de mantequilla de cacahuets cuyo bote terminó partiéndose en mis pies, ya que de los nervios se me resbaló de las manos y se hizo trizas.

Tan nerviosa estaba, que me agaché a recoger los cristales de cualquier forma con la mala suerte de que uno se me clavó en la mano, rasgándome la piel y haciendo que un río de sangre corriese por ella.

Estuve a punto de desmayarme, porque con la sangre no me llevo demasiado bien, y quien me sujetó fue Javier mientras Alberto corría a por el botiquín.

—Tranquila, peque, que no te pasará nada...

Nunca me había llamado “peque” y, aunque solo se trató de un corte superficial, yo creí haber muerto y entrado directa por la puerta principal del cielo. Para mí que hasta llegué a saludar a San Pedro y todo, de lo contenta que me puse.

Aquella noche no salí con ellos porque lo pasé fatal y hasta la tensión se me bajó, a pesar de que ya digo que la herida no revistió gravedad y ni siquiera precisó puntos de sutura.

Lo mejor de todo fue que, lejos de dejarme sola—puesto que mis padres se encontraban de escapada de fin de semana—, ambos se quedaron conmigo y pedimos pizza para cenar, la cual me supo a gloria no solo por sus ingredientes, sino por la grata compañía.

Tras la cena, mi hermano recibió la llamada de la chica de turno, ya que ambos tenían fama de rompecorazones, y se marchó al porche de nuestra casa a fumarse un pitillo mientras charlaba, dándome la oportunidad de quedarme a solas con Javier.

Alberto estuvo horas dándole al pico y yo no puedo precisar en qué momento Javier pasó de darme palique a ponerme el brazo por encima del hombro, gesto que me hizo rozar el cielo con las manos. Y no sería el único...

A partir de esa noche, sus atenciones conmigo fueron a más y comencé a salir con ellos, en pandilla, aunque ya notaba que sus ojos siempre acababan en mí. Lo que podía disfrutar yendo de paquete con él en su moto, con el motero más chulo de todo Teruel...

Unas semanas más tarde, enloquecí de pasión al tener la dicha de comprobar que él me pedía salir, ¿de verdad estaba ocurriendo? Para mí representaba la culminación de un sueño, ¿qué digo la culminación? Si lo bueno no había hecho más que comenzar...

La emoción me embargaba y el sueño, en realidad, lo tenía perdido. Supongo que iría a parar al mismo lugar que mi apetito, porque en los primeros meses en los que salí con él los nervios me atacaron el estómago y me afectaron al descanso, debido a la agitación interna que sentía.

—Hija mía, tienes que comer o te quedarás en los huesos—me decía mi madre—. Y hecha un saquito de ellos no le gustarás igual a Javier, ¿eh? Que a los hombres les encanta que haya donde coger—aducía para tratar de animarme a probar bocado.

Pronto volví a comer y a dormir, tan pronto como corroboré que sus intenciones conmigo eran buenas y que mi eterno enamorado se había convertido en mi novio, en mi novio oficial.

Unos años después, él se graduó como flamante dentista igual que mi hermano Alberto. Esa fue la carrera que ambos estudiaron siguiendo los pasos de mi padre, que era una reputado profesional de la ortodoncia en nuestra ciudad.

Yo, sin embargo, me peleaba con los libros y lo de cursar una carrera se me hizo un mundo, por lo que opté por un módulo de secretariado que se me hizo menos cuesta arriba.

Alberto y Javier terminaron asociándose a la hora de abrir una consulta y, al poco, él me pidió matrimonio. Cielos cuánta felicidad agolpada en mi corazón...

Me resultó muy injusto que mi padre sufriera aquel infarto unos días antes de nuestra boda. No fue un amago ni uno de poca monta, sino un infarto por derecho que no se lo llevó por delante de milagro, lo que nos hizo tener que posponer el enlace unos meses que me resultaron eternos, puesto que Javier se empeñó en hacer las cosas “bien” y en no convivir hasta que nos casáramos.

Las desgracias, a menudo, no suceden solas, pues la siguiente de mi vida fue la de enterarme que, durante aquellos meses de espera, Javier tuvo un lío de faldas con otra. De ahí sus pocas prisas en convivir.

El mundo se me vino abajo, pero él se mostró muy arrepentido. Incluso hizo una maniobra que me gustó mucho y fue la siguiente... Resultó que Alberto y él tomaron caminos profesionales separados, puesto que el infarto de mi padre le llevó a jubilarse prematuramente y entonces mi hermano se hizo cargo de su consulta.

Javier y él echaron cuentas. Alberto no le pidió demasiado dinero porque mi prometido se quedase él solito con la clínica que ambos montaron juntos. Y Javier me dijo que quería que yo le llevase la recepción.

Para mí supuso un gesto precioso. Llamadme tonta, pero creí en sus palabras... Lo de él, según me repetía, había sido un descuido y pedirme que trabajásemos juntos, una prueba de amor y confianza.

Cielo santo, qué ilusión sentí y eso que, con el tiempo, volvieron a sonarme campanas de infidelidad por parte de quien ya se había convertido en mi marido.

Lejos de lo que había sucedido en la primera ocasión, él no me confesó que me hubiese vuelto a cornear en ningún momento.

—Estás paranoica, peque, como lo hice tiempo atrás... Joder, para una vez que maté un gato, ya sabes lo que pasa... Me quedaré con el sambenito de “matagatos” para toda la vida—se quejaba.

Cuando estás tan enamorada de un hombre como yo lo estaba de él, no es fácil distinguir la realidad de aquello que no lo es.

—Pero Javier...

—Ni peros ni nada, todo esto sucede porque no te quedas embarazada y estás muy nerviosa. Cariño, ¿no deberíamos pensar en adoptar? —me propuso.

—Es que yo...

—Es que te has empeñado en que tiene que ser nuestro, lo sé... Pero esa criatura lo será igualmente y encima le daremos una segunda oportunidad de tener una nueva vida a una personita que ya está en el mundo, ¿no es un acto de amor loable? Deberías planteártelo, yo lo veo una opción estupenda.

Y yo también terminé viéndolo. Ir a China a por Clara supuso la mayor bendición de nuestra vida. Estuvimos tentados de no cambiarle el nombre, aunque el suyo resultó muy difícil de pronunciar para nosotros y concluimos que sería lo mejor.

El día que volamos de vuelta con ella a España fue el más feliz desde mi nacimiento. Aquella vida, aquella pequeña vida de cuatro añitos, había llegado a la mía para quedarse. Su manita no se separaba de mí en todo el vuelo. En aquel momento no podía entenderme, porque nos separaba la barrera de un idioma. Pese a ello, nos unió el amor, porque entre ambas sí que hubo un flechazo a primera vista. Y el amor, amigos, ese no entiende de barreras...

Cielo santo, qué ilusión sentí y eso que, con el tiempo, volvieron a sonarme campanas de infidelidad por parte de quien ya se había convertido en mi marido.

Lejos de lo que había sucedido en la primera ocasión, él no me confesó que me hubiese vuelto a cornear en ningún momento.

—Estás paranoica, peque, como lo hice tiempo atrás... Joder, para una vez que maté un gato, ya sabes lo que pasa... Me quedaré con el sambenito de “matagatos” para toda la vida—se quejaba.

Cuando estás tan enamorada de un hombre como yo lo estaba de él, no es fácil distinguir la realidad de aquello que no lo es.

—Pero Javier...

—Ni peros ni nada, todo esto sucede porque no te quedas embarazada y estás muy nerviosa. Cariño, ¿no deberíamos pensar en adoptar? —me propuso.

—Es que yo...

—Es que te has empeñado en que tiene que ser nuestro, lo sé... Pero esa criatura lo será igualmente y encima le daremos una segunda oportunidad de tener una nueva vida a una personita que ya está en el mundo, ¿no es un acto de amor loable? Deberías planteártelo, yo lo veo una opción estupenda.

Y yo también terminé viéndolo. Ir a China a por Clara supuso la mayor bendición de nuestra vida. Estuvimos tentados de no cambiarle el nombre, aunque el suyo resultó muy difícil de pronunciar para nosotros y concluimos que sería lo mejor.

El día que volamos de vuelta con ella a España fue el más feliz desde mi nacimiento. Aquella vida, aquella pequeña vida de cuatro añitos, había llegado a la mía para quedarse. Su manita no se separaba de mí en todo el vuelo. En aquel momento no podía entenderme, porque nos separaba la barrera de un idioma. Pese a ello, nos unía el amor, porque entre ambas sí que hubo un flechazo a primera vista. Y el amor, amigos, ese no entiende de barreras...

Capítulo 1



Clara escuchaba música en su dormitorio. Ella, que era la niña más alegre y extrovertida del globo, también se había acostumbrado a ponerse sus cascos y aislarse en aquellos momentos en los que era inevitable que hubiese marejada en casa.

Seis años después de su llegada a nuestras vidas, de esa que se suponía que nos uniría como el pegamento, mi relación con su padre estaba pasando por el peor de los momentos.

— ¡Que no es cierto, joder! Que yo no estoy con Carmen—negaba una y otra vez.

—Yo no he sacado ese tema ahora. La niña está arriba y sabes que no consiento las discusiones cuando ella se encuentra en casa—le recordé.

—Ya, qué buena madre eres y qué cabrón soy yo, ¿no?

—Javier, por favor, que no digas esas cosas, que puede escucharte.

—Está con la música en su cuarto. Ella es más lista que tú y sabe cuándo le conviene quitarse de en medio, cuándo es hora de hablar y cuándo de callar.

—Lo discutiremos en otro momento, ¿vale? Veo muy bien por dónde vas y yo ya no puedo hacer la vista gorda.

—Porque te has emperrado, porque eres una loca y...

—No se te ocurra volver a decir eso, ¿me oyes? Si hasta os han visto...

— ¿Quién cojones nos ha visto? ¿Quién te ha ido con ese cuento? ¡No es verdad! Habrá sido alguna de tus amiguitas, alguna de esas metomentodos que...

—De mis amigas no hables así, ¿eh? Ellas son como mis hermanas.

—Sí, sí, como hermanitas de la caridad, ¿se encuentra Bruno entre ellas o él se considera un hombre? —se burló.

—Por ahí sí que no sigas, ¿eh? Bruno es más hombre que tú—le dije en relación a ese vecino gay que era una bendición de amigo y que estaba siempre para mí.

No me dio tiempo a decir nada más. Ni siquiera fui consciente de que fuera a hacerlo, quizás porque me cegó el hecho de que la estuviese emprendiendo de ese modo contra mi entorno. Solo noté el calor de los dedos de su mano estampándose contra mi mejilla y un fuerte dolor... Aunque, en honor a la verdad, no era ni comparable con el dolor que me estaba causando en el alma toda aquella situación, creada por quien con los años se convirtió en un déspota.

—No me mires así, que esto te lo has ganado a pulso tú—me aclaró, por si yo tenía alguna duda vaya.

— ¡Me has pegado! —exclamé entre aturdida e indignada.

—No, solo te he puesto en tu sitio... A mí no me vas a faltar al respeto porque, a mi lado, eres una mierda.

Todo el amor que había sentido por él en aquellos años, todas las dudas que me llegó a generar sobre si serían mis celos los que le veían en brazos de unas y otras, todo se disipó en un instante.

Jamás, jamás, voy a disculparle por haberme puesto la mano encima, aunque sí he de decir que junto con aquel bofetón se me cayó la venda y vi su verdadero rostro: el de un tipo con una doble vida que había dejado de valorarme y que me trataba como si fuese una más de las muchas posesiones a las que tuvo alcance en aquellos años en los que, en lo económico, le fue sobre raíles.

— ¿Me has puesto en mi sitio? Pues te juro que yo sí que te voy a poner en el tuyo, ¡te vas de casa ya!

— ¿De mi casa? ¿Tú quién cojones te crees que eres para echarme de mi casa? Tú, que llevas años sin poner un euro en ella...

—Porque te interesó que no trabajase más contigo para hacer y deshacer a tu antojo en la clínica, que es mitad clínica y mitad picadero... Y en mi lugar metiste a Carmen, con la que te has terminado liando hasta el fondo.

— ¿Y qué si me la estoy follando? Ya está bien. Sí, mira, me la estoy follando desde hace dos años, porque tú tienes 38 y ella un buen puñado menos, porque me vuelve loco tirármela cada día antes de venir a casa, a vivir esta vida de pringado que ya no me eriza la piel, mientras que con ella... Si supieras lo que me hace sentir ella, te darías cuenta de que no vales NA-DA—enfaticó al pronunciarlo.

No lloré, ni siquiera sus palabras lograron en lo más mínimo el efecto que él pretendía: devastarme como mujer. No, yo sabía muy bien cuánto valía y lo mucho que me había dejado la piel en esa relación que era tóxica a todas luces para mí, como ya hacía tiempo que me indicaba Alberto, que se distanció mucho de Javier.

Mi hermano no fue el único que me advirtió de que debía salir de ella. Cuando todo tu entorno apunta en la misma dirección, es evidente que hay algo... Algo que asumirás o no, pero que ahí está.

Le hice recoger todas sus cosas en ese preciso instante.

1

— ¿De verdad me estás amenazando con llamar a la Policía, desgraciada? —me soltó.

Todos los insultos que no vertió en aquellos años salieron de su boca durante el rato que estuvo recogiendo.

—Y tanto que de verdad, de manera que, si no quieres liar más las cosas, deberías marcharte. No hace falta que te diga que mi mejilla avala mi versión—le hice ver, pues todavía me echaba fuego.

—Lo único que quieres de mí es quedarte con lo que he conseguido en estos años...

—Nunca he sido interesada y será un juez el que nos indique qué nos corresponde a cada uno. No te preocupes por eso. A diferencia de ti, yo no busco nada en las personas más allá del amor, puedes quedarte bien tranquilo.

—El amor no existe, idiota. Lo único que existe es la emoción de los comienzos, la excitación de un cuerpo nuevo, la adrenalina corriendo por tus venas cuando vas a por el siguiente, el...

—Cállate ya y corre, antes de que la niña te vea marcharte así, que solo te falta echar espuma por la boca.

—Te vas a arrepentir de esto, te aseguro que te arrepentirás, Abril.

No lloré, ni siquiera sus palabras lograron en lo más mínimo el efecto que él pretendía: devastarme como mujer. No, yo sabía muy bien cuánto valía y lo mucho que me había dejado la piel en esa relación que era tóxica a todas luces para mí, como ya hacía tiempo que me indicaba Alberto, que se distanció mucho de Javier.

Mi hermano no fue el único que me advirtió de que debía salir de ella. Cuando todo tu entorno apunta en la misma dirección, es evidente que hay algo... Algo que asumirás o no, pero que ahí está.

Le hice recoger todas sus cosas en ese preciso instante.

—¿De verdad me estás amenazando con llamar a la Policía, desgraciada? —me soltó.

Todos los insultos que no vertió en aquellos años salieron de su boca durante el rato que estuvo recogiendo.

—Y tanto que de verdad, de manera que, si no quieres liar más las cosas, deberías marcharte. No hace falta que te diga que mi mejilla avala mi versión—le hice ver, pues todavía me echaba fuego.

—Lo único que quieres de mí es quedarte con lo que he conseguido en estos años...

—Nunca he sido interesada y será un juez el que nos indique qué nos corresponde a cada uno. No te preocupes por eso. A diferencia de ti, yo no busco nada en las personas más allá del amor, puedes quedarte bien tranquilo.

—El amor no existe, idiota. Lo único que existe es la emoción de los comienzos, la excitación de un cuerpo nuevo, la adrenalina corriendo por tus venas cuando vas a por el siguiente, el...

—Cállate ya y corre, antes de que la niña te vea marcharte así, que solo te falta echar espuma por la boca.

—Te vas a arrepentir de esto, te aseguro que te arrepentirás, Abril.

Capítulo 2



Unas semanas más tarde aún estábamos tratando de volver a la normalidad.

Mi prioridad absoluta era que Clara no se resintiera a ningún nivel, por mucho que le costase que su padre se hubiese marchado.

En el fondo, yo la entendía muy bien, porque viví un calvario al lado de mi marido y nunca quise que ella tomara conciencia de tan lamentable situación.

A veces, en aras del amor se aguanta demasiado, y yo esperé a que ese bofetón me hiciese aterrizar para tomar una decisión que debí tomar mucho antes porque, aunque no sufrí malos tratos físicos, los psíquicos hacía tiempo que estaban en mi vida sin que ni siquiera fuese consciente de ello.

Es cierto, como ya he referido también, que hasta ese día Javier no me insultó de una forma explícita, pero si lo analizaba con detenimiento, él ya hacía mucho, muchísimo tiempo, que me hacía de menos y yo no ponía pie en pared.

Llevaba mucho sospechando sus infidelidades y siempre me terminaba ganando. Hasta me hizo visitar a un psicólogo por esa causa, argumentando que no se podía vivir al lado de una celosa patológica que hacía una montaña de un grano de arena, como le comentaba a José Manuel, que así se llamaba el profesional que me atendía, en las primeras ocasiones en las que me acompañó.

Según él, lo más importante era salvar la familia, aunque con la separación entendí que lo único que pretendía salvaguardar era su estatus, pues permaneciendo casado conmigo conservaría más que por separado, comenzando por seguir viviendo en esa casa que tanto le gustaba.

Yo me lo imaginaba jugando sucio durante el proceso de divorcio, que desde luego, él no permitiría que se hiciese de un modo amistoso, y todo ello lo hablaba con mi vecino Bruno aquella tarde, mientras me tomaba un té de frutos rojos con él y me parloteaba de un compañero de yoga, Saúl, que le estaba haciendo tilín.

Bruno no solo era mi confidente vecino, sino el papá de Cristina, la mejor amigueta de Clara. Las niñas estudiaban para un examen mientras nosotros le dábamos a la alpargata, que era como mi amigo denominaba a nuestras charlas, esas que no tenían fin por aquellos días.

Él había sido padre por gestación subrogada con Rafa, su expareja, de Cristina. Ya llevaban unos añitos separados pero se llevaban fenomenal porque era una gran persona y se había convertido en mi apoyo incondicional en esos momentos en los que tanto lo necesitaba.

Bruno trabajaba de asesor inmobiliario y le iba genial. A veces yo bromeaba con la idea de que un día pegaría el gran pelotazo y entonces se marcharía de la urbanización para vivir directamente en un palacete.

—Sí, claro o mejor aún en un castillo escocés rodeado de *Highlanders*. Mira que eres bobita, ¿dónde voy a ir que mejor esté que aquí?

Sin duda tenía razón, la nuestra era una urbanización de lujo en la que vivía la flor y nata de la ciudad. Por eso a Javier le costó la misma vida tener que largarse con la sola compañía de sus maletas.

—Pues los *Highlanders* te pirran, no tendría nada de particular.

a

—¿Y llevarme a Cristina de aquí? Ni en broma. Y tú tampoco puedes irte, ¿eh? Que resulta que las niñas son como hermanas, ya lo sabes...

—Lo sé, lo sé. Oye, ¿cuándo vuelve Rafa de Londres?

—La semana que viene... Cristina ya lo está deseando, estos meses que ha estado fuera lo ha llevado regular, sabes que nos adora por igual.

—Sí que lo sé, habéis hecho un gran trabajo con eso.

—Cero culpabilidad, ¿eh? Que te la estoy viendo en los ojos. No seas tonta porque sucede que para llevarse bien, hacen falta dos. Y tú con ese papanatas de Javier no podrías llevarte así ni por equivocación. Oye, mira, y hablando del Rey de Roma, ¿qué hace ese aquí? —me preguntó mirando por la ventana.

—Bruno, espera, que salgo yo...

b

—¿Estás segura? Me quedaré vigilando, ¿eh? Y como se le ocurra hacer alguna tontería, salgo y le dejo la cara como un mapa. Le va a servir de mucho ser dentista, eso que se ahorrará en piños.

—Tranquilo, no me hagas reír, que solo me falta que piense que me río de él.

—Nada de particular tendría, que el tío es un payaso... So payaso—repetía mientras yo iba hacia fuera.

Lo hice con pies de plomo porque Javier estaba muy nervioso y lo cierto era que no me fiaba. No podía permitirme un altercado con él porque eso podía suponer que Bruno interviniera y no me lo perdonaría, no deseaba que nadie tuviera que verse envuelto en nuestros malos rollos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Javier? —le pregunté.

—Vengo a llevarme a la niña a pasar la tarde, ¿o es que eso también te parece mal?

—Hoy es imposible, está estudiando con Cristina. Tendrías que avisar antes de venir.

—Pues me da exactamente igual. Que salga, no creo que se presente mañana al MIR.

—No seas sarcástico, por favor. Es un examen de matemáticas y sabes que le cuestan.

—Vaya, a quién saldrá con eso de costarle un pelín los estudios. Qué digo un pelín, ni siquiera serviste para cursar una carrera.

—¿Y eso me hace menos persona que tú? Porque todo el mundo no vale para lo mismo.

—No, si eso es evidente—añadió con sonrisa socarrona—. De todos modos, se me olvidaba que a ti no puede salir porque no lleva tu sangre, no lograste tener un hijo biológico por mucho que eso te joda.

—¿Perdona? ¿A qué viene eso ahora? Clara ha sido mi hija desde el mismo día que la vi, la quiero con toda mi alma y daría lo que fuese por ella, incluso moriría por mi niña. No se te ocurra volver a insinuar algo así.

—Qué madre coraje eres—se burló.

—No te rías de mí, hazme el favor.

—Haré lo que me salga de los huevos, ¡la niña! ¡Ya! ¡Que salga!

—No va a salir y menos, espera, ¿has estado bebiendo, verdad? Tú vienes con dos copas de más. Y son las cinco de la tarde.

—¿Me estás llamando borracho? Mucho cuidado con tus insinuaciones...

—Vete de aquí, por favor.

Lo que no deseaba, ocurrió, porque Clara se asomó por la ventana del dormitorio y vio a su padre allí. Enseguida, bajó.

— ¡Hola, papá! —exclamó tirándose en sus brazos.

— ¡Mi niña! Dile adiós a mamá, que nos vamos...

—No, eso no puede ser—me negué en rotundo. No solo se presentaba sin avisar, sino afectado por el alcohol y con el coche. Por encima de mi cadáver se la llevaría.

—Pero es que papá está aquí, quiero ir con él...

—No, cariño, entra en la casa. Hoy no te puedes ir con papá.

r—Pero yo quiero ir con él—insistió.

—Clara, mi amor, ¡no puede ser! —le chillé.

—Pero mamá, yo también quiero poder verle—me pidió con lágrimas en los ojos.

r

—Clara, entra en la casa—le pidió Bruno, quien salió al ver el percal.

— ¿Tú le vas a dar órdenes a mi hija? Te reviento—le advirtió Javier levantando el puño y yendo hacia él.

Solo pude llevarme a Clara para dentro de la casa, pues el espectáculo que dio su padre fue realmente lamentable. Suerte que Bruno le plantó cara y eso parecía que no lo esperaba, porque terminó por bajar el puño, montarse en su coche y esfumarse.

— ¡Tu madre no quiere que estés conmigo, hija! —le chillaba tratando de meter a la niña en esa guerra.

No era la primera vez en aquellos días que llegaba con la intención de increparme, no daba la sensación de que me lo fuese a poner fácil.

Capítulo 3



Clara salió ese día del cole un tanto pensativa, tras pasar varios desde el rifirrafe con Javier.

—Mamá, un hombre me observa a través de los barrotes a la hora del recreo—me contó.

—¿Qué dices, mi vida? ¿Será papá? ¿Puede que él esté viniendo a verte por las mañanas? —le pregunté.

Me extrañaba mucho porque, aunque me llevé años tratando de negármelo, lo cierto era que Javier nunca fue un padrazo, sino que dio la talla a lo justo con Clara, por lo que no entraba mucho en mis esquemas.

—¿Crees que no reconocería a papá? Que tú siempre dices que ahora entramos muy pronto en la edad del pavo, pero es que para eso debería tener uno grande encima de la cabeza—rio ella.

—Tienes razón, mi niña, qué cosas digo. Y entonces, ¿por qué piensas que ese hombre te mira a ti?

—Porque, por ejemplo, si estamos jugando al fútbol, me sigue con la vista todo el rato. Da igual hacia donde vaya yo, sus ojos están ahí—me explicó ella gesticulando con los suyos rasgados, con esos que me enamoraron desde que la vi por primera vez.

—No sé qué decirte, cariño mío. Pero estate muy pendiente, ¿eh? Si le vuelves a ver, me avisas, ¿me lo prometes?

—Claro, pero si me compras un helado.

—Está bien, mi pequeña chantajista—asentí alborotando su liso pelo negro, ese que contaba con un brillo increíble.

Estábamos en las últimas semanas de curso. Cristina no había acudido ese día a clase porque tenía dolor de tripa, así que nos pasamos por casa de Bruno antes de entrar en la nuestra.

—Os quedáis a almorzar, te lo iba a proponer en cuando llegases. La niña está bien, un poquito de cuento me parece que le ha echado, porque ha sido escuchar “ensalada de pasta” y espantársele todos los males.

Bruno era pura alegría y buena onda, el contrapunto perfecto a eso en lo que se había convertido Javier: en una pesadilla para mí.

Después del almuerzo, las crías comenzaron a jugar y le conté lo que me había comentado Clara.

—Yo no creo que sea nadie mandado por su padre, ¿no?

— ¿Rollo detective? Hombre, si yo no tengo nada que esconder, imagínate la niña.

—Es verdad. Qué faltita nos hace ya Rafa aquí para que te lleve el divorcio. Esta noche aterriza de Londres—dijo con emoción.

— ¿De verdad no vais a volver juntos? Si sois la pareja ideal...

—De verdad de la buena, nos queda mucho cariño, pero cero pasión. La pasión me la provoca ahora Saúl, tengo chismes que contarte.

—Y yo te voy a escuchar con estas dos orejas, pero antes dime, ¿qué piensas de lo del tipo ese?

—A ver, que las niñas tienen mucha fantasía, ¿eh? Cristina se llevó la tira de tiempo diciendo que tenía un amigo invisible, y hasta pretendía que le diéramos paga doble por ello, la pajarita... ¿qué te parece? Igual tu niña ahora cree que le ha salido un admirador secreto.

—Que no, que dice que es de nuestra edad...

— ¿Con cerca de 40? Joder con el perverso de las narices, me está poniendo malo... Manda huevos.

— ¿Lo ves? Si es que yo también me estoy calentando.

—Ya, y no por un *match* en Tinder, hay que joderse.

—No te pienso hacer caso con eso del Tinder, ¿me oyes? A mí no me van esas cosas...

— ¿Acaso las has probado? Mira que yo creo que no, ¿eh? Que tú te quedaste en la Prehistoria en eso del ligoteo. Tienes que volver a la vida, ponerte las pilas, abrirte a putoligotear...

— ¡Calla, demonio! ¡Que te van a escuchar las niñas!

—Pues deberían tener antenas parabólicas en vez de orejas en ese caso porque si escuchan algo al volumen que tienen la música... ¡Cristina, bonita, baja eso!

—No te oyen, ya subo yo...

—Deja, deja, que voy yo y se va a cagar hasta el Harry Styles, que parece que me lo he comido ya—me decía por ese cantante que tanto les gustaba a ambas y que sonaba a tope de volumen.

Al ratito bajó y, pese a todo, no tardaron demasiado en volver a desobedecerle y ponernos en órbita.

—Corremos el riesgo de que nos revienten los tímpanos y encima no será accidente laboral, manda huevos.

—No, será accidente paternal, que son más habituales—le contesté riéndome.

— ¡Calla, demonio! ¡Que te van a escuchar las niñas!

—Pues deberían tener antenas parabólicas en vez de orejas en ese caso porque si escuchan algo al volumen que tienen la música... ¡Cristina, bonita, baja eso!

—No te oyen, ya subo yo...

—Deja, deja, que voy yo y se va a cagar hasta el Harry Styles, que parece que me lo he comido ya—me decía por ese cantante que tanto les gustaba a ambas y que sonaba a tope de volumen.

Al ratito bajó y, pese a todo, no tardaron demasiado en volver a desobedecerle y ponernos en órbita.

—Corremos el riesgo de que nos revienten los tímpanos y encima no será accidente laboral, manda huevos.

—No, será accidente paternal, que son más habituales—le contesté riéndome.

Capítulo 4



En los siguientes días, el tipo aquel no volvió a observar a Clara, quien no le vio más, por lo que ya apenas pensaba en ello cuando me alerté al escucharla al salir de clase. Bruno estaba a mi lado con Cristina.

—Hoy otra vez ha estado mi fan aquí, mamá.

—¿Qué dices de fan, hija? —le pregunté sin que apenas me llegase la camisa al cuerpo.

—El tío ese que no deja de mirarme, que mis amigas ya dicen que es mi fan y eso que ni me he hecho *influencer* ni nada.

Miré a Bruno y él me devolvió una mirada preocupada.

—Seguid hacia delante vosotras, anda. Pero no corráis demasiado, ni se os ocurra que os perdamos de vista—les pedí.

Me quedé a solas con él con la intención de hablar.

—¿Qué te parece el tema del tío ese ya? Mañana me planto aquí a la hora del recreo, a ver si tengo suerte y le atrinco.

—Y yo contigo, cariño...

—¿Qué dices? Mañana tienes la firma esa tan importante, la de la venta del solar.

—Joder, es verdad. Si hasta te pedí que trajeses tú a Cristina por la mañana para salir pitando a Zaragoza.

—Pues eso, que te olvides del tema.

—Oye, pero que si le ves pinta de matón o algo, no se te ocurra acercarte. Llamas a la Policía y punto.

— ¿De matón? ¿Mirando a mi niña? No me asustes, ¿eh?

—Es verdad, tiene pinta más de ser un perverso, como dijimos, por asqueroso que suene.

—Te juro que se me están poniendo todos los vellos de punta, ¿eh?

—Tú me vas poniendo al día, Abril. Y recuerda que por la noche cenas en casa con la niña, que Rafa quiere que le cuentes para ir planteando la demanda de divorcio.

Quedamos en eso y a la siguiente mañana, estuve ojo avizor a la hora del recreo fuera del cole. Yo me sentía atacada de los nervios cuando un tipo muy bien parecido, que venía corriendo, paró y se acercó a la zona de juegos del cole.

No tenía la típica pinta del depravado que va con la gabardina y sus vergüenzas al aire debajo, sino que más bien parecía un deportista que se hubiese parado allí por casualidad, dado que se estaba atando los cordones.

Ya pensaba que me había equivocado de persona cuando se levantó y entonces se quedó mirando fijamente a mi niña, momento en el que le hubiera hecho pedazos allí mismo.

No podía tirarme sobre él a la primera de cambio, no hasta cerciorarme de que no echaba a caminar de inmediato y se trataba de una casualidad. Salí de dudas enseguida, porque unos minutos más tarde seguía allí, inmóvil, como hipnotizado mirando a Clara, y entonces supe que estaba en lo cierto, que se trataba del tipo que solía espiarla.

Ni corta ni perezosa, salí corriendo hacia él con el puño en alto, decidida a darle la del pulpo. No, no estaba yo por la labor de hablar viendo que vigilaba a mi niña de solo diez añitos con al saber Dios qué intenciones.

— ¡Asqueroso, depravado y cerdo! —le chillé.

— ¿Perdona? ¿Es a mí?

—Es a ti, repugnante perverso y pederasta, ¿cómo tienes huevos de plantarte aquí cada dos por tres a mirar a mi hija? ¿Qué pretendes? ¡Que tiene diez años! —le chillaba yo mientras le asestaba un puñetazo tras otro.

—No, no, te estás equivocando—me decía él tratando de zafarse.

—La que se equivocó fue la naturaleza el día que tu madre te concibió. Tipos como tú son la escoria de la

sociedad, ¡no deberían existir! —le gritaba mientras seguía dándole con todas mis ganas.

Yo no estaba para más problemas. Bastante me pesaba lo de Javier como para que aquel sinvergüenza tuviera fijación con mi niña. Me las iba a pagar todas juntas.

Una anciana, que pasaba con su carrito de la compra, se paró al ver la escena.

— ¿Te ha puesto los cuernos, bonita? Dale, dale, que hoy en día no tenéis por qué aguantar nada. Yo a mi Pepe, porque no tuve más remedio, pero me quedé más a gusto el día que le planté. Lo malo es que para entonces ya estaba para el arrastre, tenía yo 70 años. Ojalá hubiese espabilado antes como tú, pero es que en esos tiempos éramos más tontas... Espera que yo te ayudo.

—Señora, por el amor de Dios, usted no se meta—le pedía él porque la anciana debía andar por los 90 años.

—Tú a callar, que para poner cuernos no os quejáis, para eso siempre estáis dispuestos.

—No, señora, si yo no le conozco. Este guarro es que se viene aquí a mirar a mi niña.

— ¿A un angelito de niña? Espera, que yo tengo el bote ese del gas de pimienta antivioladores y se va a cagar el guarro este, tú sujétalo.

—Señora, por favor—trataba él de zafarse.

—Ahí tienes, ¡en todos los ojos! Me iba a temblar a mí el pulso, cabronazo... Anda y que te desnukes calle abajo —le deseó mientras él salió corriendo.

Después me miró, al encontrarme muy nerviosa.

— ¿Estás bien, hija? Tú no te preocupes, que ese no tiene huevos de volver por aquí. Le has arreado bien, ¿eh?

—Un poco, creo que un poco...

—Puedes estar muy orgullosa, seguro que eres una buena madre y que tu niña se parece a ti, ¿cuál es? —me preguntó.

—Es la chinita, esa que va la última en la fila, la que nos mira—le decía yo saludándola porque, del revuelo que se formó, los profesores se llevaron a los críos hacia dentro para que no vieran la paliza que le dimos entre las dos, dado que aquella adorable ancianita y yo le arreamos al tío lo suyo y lo de su prima. Qué orgullosa me sentí...

—Pues mucho, mucho, no se te parece, la verdad, ¿estás segura de que esa es la tuya?

»

e

—Pues mucho, mucho, no se te parece, la verdad, ¿estás segura de que esa es la tuya?

Capítulo 5



Esa noche se lo conté todo a mis amigos. Aunque tenía mucha más confianza con Bruno, también Rafa era una bellísima persona y ambos se quedaron asombrados con mi relato.

—Así que le habéis gaseado entre los dos—me decían.

—Más bien ella, yo le sujeté, pero le daba buenos capones mientras lo hacía.

—Eres una mujer con muchos valores, Abril, así que no creo que te amilanes a la hora de plantarle cara a Javier en los tribunales ¿estamos? —me animaba Rafa.

—Yo no quería llegar a juicio, pero me temo que será imposible evitarlo, ¿a que sí?

—Imposible desde todo punto. De hecho, sé que él ya está moviendo sus hilos.

—¿Cómo lo sabes, Rafa? —le pregunté asombrada.

—Abril, ha estado hablando con una compañera mía, con Marta López...

—¿Marta López? Si yo he escuchado hablar de ella... Y no precisamente bien. La mamá de Isabel, ¿sabéis? La compañera de las niñas, ella la contrató en su divorcio y no le dolieron prendas a la hora de contar que era para sacarle los ojos a su marido, que su abogada le había dicho que le iban a dejar con una mano delante y otra detrás, que...

—Ya, sé que tiene fama de jugar muy sucio, pero estate bien tranquila que a mí no me da ningún miedo. Y más cuando tú no pretendes perjudicar a Javier, solo quedarte con lo que es justo.

—Es que yo no quiero que penséis que no tenía interés en trabajar. Él me convenció cuando Clara llegó a nuestra vida. Casi que me lo impuso porque afirmaba que era lo mejor para la familia, que la niña se tenía que adaptar, que él podría trabajar más relajado sabiendo que todo estaba bien en casa... Y que, claro, de paso podría tirarse a

todo lo que se meneara. Con el tiempo, quise volver a mi puesto, en cuanto la niña se adaptó, pero entonces me comentó que Carmen tenía un hijo y que sería una crueldad dejarla en la calle para que yo volviese.

—Oye, ya es oficial que está con ella, ¿no?

—Sí, él mismo me lo ha restriega por la cara cada vez que puede, como si me importase.

—O como si no hubieses ganado en vez de perder con eso, menudo besugo. Tendrías que ver cómo vino aquí, cómo se presentó el otro día, Rafa, menudos humos... ¡Y encima bebido! —le contó Bruno.

—Deberías haberle denunciado, Abril. Eso unido al tema de la Violencia de Género...

—Ya, por lo de la bofetada aquella, si sé que tendría que haberlo hecho, pero comprende que es el padre de Clara y que ella no ve con buenos ojos algo así. Bastante trata de ponerla en mi contra ya, cada vez que puede, como para que yo haga tal cosa. Clara no lo entendería, tienes que comprenderme, Rafa.

—Es que Clara no tiene ni idea del vía crucis por el que estás pasando con el energúmeno de su padre, Abril.

—Eso es verdad, pero ¿tú meterías a Cristina en esa guerra? Piénsalo, Rafa, yo no quiero verle detenido. Mi hija me podría odiar...

—Tu hija va a terminar odiándole de todos modos. Tiempo al tiempo—sentenció.

Unos días después, Javier volvió con ganas de gresca. Él lo quería todo: humillarme, vivir su vida con Carmen e iniciar una nueva andadura, pero no soportaba que yo me quedase en la que fue nuestra casa con Clara. En esa ocasión no llegó bebido y hasta, a su manera, se disculpó por la anterior trifulca.

—Puede que el otro día me tomase algún vinito de más comiendo, tranquila, que no será la tónica habitual—me comentó como de soslayo.

—Eso espero, porque no pienso consentir que pongas la vida de nuestra hija en peligro—le advertí.

—¿Me lo está pareciendo a mí o me estás tachando de mal padre? Porque si te has creído que te lo voy a consentir estás muy equivocada. Que sepas que pronto te veré saliendo de esta casa con las orejas gachas, ¿te enteras? —me dijo cogiéndome por el brazo.

—¡Suéltame, que me haces daño! —le chillé.

A mi grito, acudió Clara, quien estaba terminando de vestirse para marcharse con él, ya que esa tarde sí que había anunciado que pasaría a recogerla.

—Papá, ¿qué estás haciendo? ¡Suelta a mamá! —le exigió aturdida, apenas entendiendo lo que allí se cocía.

—Tranquila, mi amor, que solo estábamos hablando—le explicó él.

—Pues para hablar, no hace falta que la cojas así, ¿estás bien, mamá?

—Estoy bien, hija. Entra en la casa, mi amor—le pedí antes de que siguiera contemplando un espectáculo tan deleznable.

— ¡No quiero! ¡Yo me quedo contigo!

—Niña, ¿no has escuchado a tu madre? ¡Para dentro ahora mismo! —le exigió él.

Nunca le había chillado así ni se dirigió a ella con un despectivo “niña”, como si Clara no tuviese nombre.

— ¡A ella la dejas! —le pedí.

—No me calientes, no me calientes... Que después me llevas a hacer cosas que no quiero, Abril. Y toda la culpa es tuya—me espetó.

—Voy a llamar ahora mismo a la Policía, se acabó—le aseguré y comencé a hacerlo.

—Eres una zorra—murmuró mientras se metía en su coche y se largaba de inmediato como el cobarde que era.

Su mirada resultaba realmente insultante, así como incendiaria. De haber podido, me habría fulminado allí mismo

Bruno pasaba en ese momento con Cristina y no dudó en salir corriendo detrás de su coche. Viendo que no lo alcanzaba, se volvió hacia mí.

—Está todo bien, llévate a Clara, por favor. La Policía ya viene de camino...

—Deja que Cristina y ella entren en mi casa y yo me quedo contigo, ¿vale? —me preguntó dándome un beso y un abrazo.

—Vale, vale...

Así lo hicimos y el coche patrulla no tardó en llegar. Yo solo pensaba en Clara y en lo mucho que le costaría vernos a su padre y a mí enfrascados en una batalla campal. Es más, quería pensar en que Javier entraría en razón y en que, si le denunciaba, comenzaría a odiarme y ya no lo haría, posicionándose como mi enemigo a perpetuidad.

Del coche patrulla se bajó una joven agente que me interrogó mientras su compañero hablaba por la radio con un superior, según nos parecía escuchar.

—Pero, ¿te intimida? Porque si nos has llamado es por algo. El protocolo de Violencia de Género está pensado para no tener que lamentar más adelante no haber denunciado antes, entre otras cosas. Además, que te garantizo que vas a estar protegida y...

—No, de verdad que no ha sido para tanto. Os llamé porque me agobié, pero nada que no pueda ocurrir entre cualquier pareja que se está divorciando. Perdonadme si os hice perder el tiempo, ¿vale? —me excusé por no empeorar las cosas con Javier, por no atreverme a dar el paso.

— ¿Y esas marcas en tu brazo? Te las ha hecho él, ¿verdad?

—No, no, de veras que ha sido mi vecino al sujetarme mientras que Javier se iba, para que no le siguiese y se pusiera la cosa peor. Es que tengo la piel muy delicada y enseguida se me marcan los dedos. Ha sido él—le señalé a Bruno..

Mi amigo no se cayó de espaldas de milagro.

— ¿Ha sido usted, caballero? —le preguntó la chica.

—Parece que me he pasado a la hora de sujetarla, es que le tengo mucho cariño, sí—respaldó mis palabras mirándome desesperado, porque le sacaba de sus casillas.

—Si ustedes lo afirman así, yo no puedo denunciar nada, porque ni siquiera le hemos visto aquí, pero que de buena gana... En fin, que no dude en llamarnos si nos necesita, ¿ok?

La chica se subió en el coche de nuevo con la intención de arrancarlo y entonces fue cuando vi el perfil de su compañero, el cual seguía enfrascado en la conversación con su superior, sin mirar hacia donde estábamos.

l

—Bruno, ¡ese tío es el del colegio! —exclamé tan pronto se fueron, totalmente asombrada.

— ¿Qué tipo del colegio? ¿De qué me hablas?

—Del perverso, del que miraba a Clara.

—Pero, ¿eso cómo va a ser? Si es poli, ¿no lo ves? Será otro, se le parecerá.

—Que no, que no... Que yo puedo estar un tanto perturbada por el divorcio, pero que sigo siendo buena fisionomista. Ahora mismo voy y le denuncio ante sus superiores.

—Pues vaya, no sé qué decir, qué cosa más rara.

—Porque sea poli no lo digas, que hay jueces de menores involucrados en tramas de redes de prostitución infantil ¿eh? No me jodas.

—No, si de todo hay en la viña del Señor. Mira, vamos a hacer una cosa porque estás muy alterada. Antes de que puedas hacer algo de lo que te arrepientas, se lo contaremos a Rafa. Teruel no es tan grande, aquí se conocen todos los abogados, todos los polis y todos los líos, ¿vale? Déjalo en sus manos.

—Pero que Rafa tiene bastante con su trabajo y yo, por desgracia, no tengo nada que hacer. No me sale un curro ni en broma, qué harta estoy de echar currículums.

—Un poquito de paciencia, ¿eh? Tú lo que tienes que hacer es entrar en casa conmigo para ayudarme con lo de la fiesta del cumple de Cristina.

—Es verdad, el cumple de la niña es en unos días y yo todavía no le he comprado ni su regalo, ¿qué quiere ella?

—Que Clara esté bien, y eso lo haces divinamente. Así que déjate de regalos que no estás tú para tirar cohetes.

—Oye, que un dinero tengo en la cuenta. Javier no se ha atrevido a sacarlo todo, aunque sí una buena parte, no te creas...

—Ya, está jugando sus cartas. Sígueme, que Rafa viene a cenar y tenemos que prepararle el puré ese de patatas que tanto le gusta con su carnecita y...

—Yo quiero un ex como tú, si hasta le sigues cocinando sus platos favoritos.

—Y no me lo tiro porque no quiero líos, que no se puede mezclar, pero el tío sigue estando tremendo. Bueno, y también porque ya me he tirado a Saúl y resulta que quiere que comencemos algo.

— ¿Te has tirado a Saúl? Si no me lo has contado.

—Chica, porque lo reservaba para esta noche, pero como en tu casa se monta un sainete día sí y día también, al final se me chafan hasta las sorpresas, porque me pongo a darle a la alpargata y casco más de la cuenta. Y todo po distraerte, ¿eh? Que no quiero yo que mi Abril se me raye, con lo bonita que es ella...

Él sí que era bonito. Y encima se llevaba a partir un piñón con su ex, lo que me producía una envidia sana impresionante. Yo no estaba viviendo un duelo por mi separación, la cual decidí superar de golpe, pero sí un suplicio porque Javier, lejos de estar contento por haberse salido con la suya, se pasaba el día de uñas.

Rafa lamentó profundamente esa noche que no lo hubiese denunciado.

—Tienes que hacerme caso y no perder más oportunidades de oro como esta. Unas marcas en el brazo, tu ex que se acaba de marchar justo después de que les llares por teléfono... Habría dormido fijo en el calabozo, y las cosa se pondrían a tu favor de cara al divorcio.

—Yo voy a tratar de que las aguas se seren. Tampoco es que me haya dado una paliza. De ser así, ya actuaría, pero no es el caso...

—Solo te repito que nos los está poniendo muy fácil y que tú no lo aprovechas... Te puede tomar la delantera y sería una jodienda, no me lo perdonaría.

—Las aguas volverán a su cauce. Cuanto menos ruido hagamos con este puñetero divorcio, mejor para Clara. Ya está sufriendo bastante y no me lo perdono, Rafa.

—Y más que podría llegar a sufrir...

—No me digas eso, por favor, que me pones muy mal cuerpo.

—Pues quién lo diría, menudo cuerpazo. Y te iba a recordar también que eres una asquerosa por seguir luciéndolo después de ser madre, pero claro, eso es trampa—bromeaba Bruno—, que mucha tripa no te salió precisamente.

— ¿Te has tirado a Saúl? Si no me lo has contado.

—Chica, porque lo reservaba para esta noche, pero como en tu casa se monta un sainete día sí y día también, al final se me chafan hasta las sorpresas, porque me pongo a darle a la alpargata y casco más de la cuenta. Y todo por distraerte, ¿eh? Que no quiero yo que mi Abril se me raye, con lo bonita que es ella...

Él sí que era bonito. Y encima se llevaba a partir un piñón con su ex, lo que me producía una envidia sana impresionante. Yo no estaba viviendo un duelo por mi separación, la cual decidí superar de golpe, pero sí un suplicio porque Javier, lejos de estar contento por haberse salido con la suya, se pasaba el día de uñas.

Rafa lamentó profundamente esa noche que no lo hubiese denunciado.

—Tienes que hacerme caso y no perder más oportunidades de oro como esta. Unas marcas en el brazo, tu ex que se acaba de marchar justo después de que les llames por teléfono... Habría dormido fijo en el calabozo, y las cosas se pondrían a tu favor de cara al divorcio.

—Yo voy a tratar de que las aguas se seren. Tampoco es que me haya dado una paliza. De ser así, ya actuaría, pero no es el caso...

—Solo te repito que nos los está poniendo muy fácil y que tú no lo aprovechas... Te puede tomar la delantera y sería una jodienda, no me lo perdonaría.

—Las aguas volverán a su cauce. Cuanto menos ruido hagamos con este puñetero divorcio, mejor para Clara. Ya está sufriendo bastante y no me lo perdono, Rafa.

—Y más que podría llegar a sufrir...

—No me digas eso, por favor, que me pones muy mal cuerpo.

—Pues quién lo diría, menudo cuerpazo. Y te iba a recordar también que eres una asquerosa por seguir luciéndolo después de ser madre, pero claro, eso es trampa—bromeaba Bruno—, que mucha tripa no te salió precisamente.

Capítulo 6



Ese fin de semana, acudí con mi hija al cumple de su amiguita Cristina.

—Toma, el regalo se lo das tú, pero dile que tiene que esperar a abrirlo con los demás, que no sea agonías—le indiqué al entrar.

Bruno estaba acompañado por Rafa, haciendo piña en un día tan importante para su hija. Su divorcio era perfecto, ojalá todos pudiesen ser iguales.

Los invitados fueron llegando poco a poco. Para mi sorpresa, se presentó allí Saúl, a quien yo ya conocía de una vez que coincidimos en la calle.

—Saúl, ¿te acuerdas de Abril? Sí, claro, cómo no te vas a acordar si tú eres bisexual y esta chica se mete por los ojos. Recuerdo que sentí celos de ese culo que tiene, duro como una roca, porque tú se lo miraste.

Bruno era así, sin filtros.

—Claro que me acuerdo, Abril. Y no le hagas caso a tu amigo, menos mal que ya lo voy conociendo.

—Entonces, ¿no es cierto que me mirases el culo? Qué decepción—le confesé entre risas.

—Si no me lo tomas a mal, te diré que sí que te lo miré porque es para mirarlo, guapa.

—Tonteos los mínimos con ella, que te desmoño, ¿eh?

—Solo le estaba haciendo un cumplido a tu preciosa vecina—le aclaró a Bruno entre risas.

—Pues ten cuidado que, si se pone de morros, es capaz de arañarte. Tiene su puntito celoso y te lo digo que lo conozco bien porque he sido su marido, soy Rafa—intervino.

—Rafa, no sabes las ganas que tenía de conocerte para que me des unos consejos sobre cómo tratarlo, algún truco o algo.

—Sí, o unas normas, como si yo fuera un Gremlin, pues cualquiera me deja a mí sin poder asaltar la nevera a media noche si me levanto a darme un atracón... Hasta entonces no perdería las amistades con todos vosotros.

Bruno contaba sus disparates cuando sonó el timbre y Rafa fue a abrir. En contra de lo que pensaba, no se trató de ningún otro padre con su niña o niño, sino de un hombre que llegaba solo. Y cuando lo vi resultó ser el enigmático policía, al que le dimos fuerte y flojo en el cole entre la anciana y yo...

Sin dudar, y sin poder entender nada, salí corriendo hacia él y a punto estuve de que probara de nuevo ensalada de puño, es que no podía soportar su presencia en el cumple.

—¿Se puede saber qué hace este tío aquí, Rafa? La madre que me parió, ¡que es el perverso! —exclamé.

—Baja la voz, Abril, que no es ningún perverso. Conozco a Hugo desde hace años, hemos coincidido mucho en los juzgados y no es quien tú te piensas.

—¿Y cómo sabías que se trataba de él?

—Una simple llamada de teléfono a comisaría y tuve el nombre de los dos agentes que acudieron a tu casa, es bien simple. Oye, ¿estás bien?

—Un poco consternada, me cuesta comprender.

—Lo entiendo, me gustaría explicarte, Abril. Ya has oído a Rafa, me llamo Hugo y creo que ha habido un enorme malentendido entre ambos—me habló.

—No sé yo qué decirte, ¿eh? Habría que ver, que tú mirabas mucho a mi niña. Y no era la primera vez, que si yo estaba allí es porque Clara me advirtió de que había un mirón que la tenía fichada. Todavía lo pienso y...

—No sé ni cómo pedirte disculpas. Supongo que mi mente se echaba a volar cuando la miraba y ni me di cuenta de que alerté a tu hija, no sabes cuánto lo siento.

—¿Y por qué la mirabas? Si es que puede saberse...

—Estoy seguro de que Hugo te lo va a contar, podéis sentaros en aquel rincón para hablar más tranquilos, sin tanta algarabía de niños—nos indicó Rafa.

—Yo es que no sé si quiero quedarme a solas con este, ¿eh? Te advierto que ahora parece un santo, pero para mí que no es trigo limpio por mucha placa de poli que lleve.

—Te estás equivocando con él, de verdad que sí, escúchale y calla.

—Deja que diga lo que quiera con tal de que después me deje explicarme. Es una madre defendiendo a su hija y lo hace muy bien. Ojalá todas las madres fuesen igual—concluyó Hugo.

Vi tristeza en sus ojos al referirse a las madres en general y accedí a sentarme con él.

—Antes de comenzar a hablar, ¿te traigo algo para beber? —me preguntó.

—Oye, ¿acaso estás tratando de seducirme? Porque te advierto que, si es así, vas a salir aún más escaldado que la otra vez. Te va a faltar Teruel para correr...

—Tranquila, por favor, que todavía me despierto alguna noche rascándome los ojos a tope, hasta pesadillas tengo con el dichoso spray.

—¿Y qué se supone que es eso que tienes que contarme? Porque mentiría si te dijese que no me intriga. Hace falta echarle mucho morro al asunto.

—Abril, no soy ningún perverso. Solo un padre que ha perdido a una hija... A una hija que se parece una barbaridad a la tuya. No iba expresamente a verla al colegio, te lo prometo, pero este me pilló en mi ruta cuando salgo a correr y me ha sido imposible pararme allí siempre que tengo turno de tarde y corro por las mañanas, lo que ocurre cada equis día.

—¿Has perdido a una hija? Lo siento mucho, ¿quieres decir que ha fallecido?

—No, a Dios gracias no. Perdí a Emma porque su madre se la llevó hace un par de años a Estados Unidos y desde entonces permanecen en paradero desconocido.

—Cielos... cuánto lo siento, ¿y por qué a Estados Unidos?

—Porque Diana, su madre, es de allí, y usó su nacionalidad para volver a su tierra con la cría, para separarme de ella.

—Pero, ¿por qué hizo eso? ¿No eras un buen padre? Es la única razón que se me ocurre para que una mujer quiera apartar a su hija de su padre...

—Eso es porque debes ser muy buena. Diana no quería tener hijos, ella carece de instinto maternal. Nos enamoramos—o al menos eso creía yo, porque resultó que nunca llegó a quererme bien—, nos fuimos a vivir juntos... Ella residía aquí en España, no tenía intención de marcharse.

—¿Y qué pasó? Me estoy enganchando a tu historia. Y eso que me temo que no cuenta con uno de esos finales felices que tanto me gustan.

—Va a ser que no. El paradero de Emma, de mi hija, sigue siendo un misterio para mí hoy en día y, por más que gasto más de lo que tengo en detectives, no logran nada.

—Joder, ¿y dices que Emma se parece mucho a Clara? ¿Eso cómo puede ser? Si mi niña es china...

—Es que la mía también lo es. Yo quería un hijo y Diana se negaba a hacerme de “útero con patas”, como me llegó a decir. Ahora es cuando viene la parte en la que me tomas por tonto, porque considerarás que yo no tendría que haber seguido con ella. Y no solo lo hice, sino que la convencí para que adoptásemos.

—Tú tranquilo, que yo no te voy a juzgar ni por eso ni por nada. No te imaginas cuánto he hecho el tonto también con el padre de mi hija.

—Oye, si me lo permites, Tania no se tragó eso de que la bronca con tu ex no fuese gorda... Ella afirma que mentiste para protegerle y eso es algo muy grave, podría acarrearle consecuencias.

—No te preocupes, la sangre no llegará al río porque está todo controlado.

—Me encantaría que así fuera...

—Rafa me lo lleva todo, pronto tendré el divorcio y todo irá bien, estoy segura.

: —Te veo muy optimista, ojalá sea así—suspíró.

—¿Por qué se torcieron tanto las cosas con tu ex? —me interesé.

—¿Aparte de porque ella fuera el bicho que picó al tren? Pues porque finalmente me enteré de que mi pareja no era de dos, sino de tres... Llevaba tiempo sospechándolo, pero ella se las ingenió para hacerme creer que lo sacaba todo de contexto.

a —Joder, me suena de algo. Javier también me ha puesto los cuernos en innumerables ocasiones y luego lo negaba de forma contundente.

—Pues como Diana, hasta que un día la pillé en un renuncio y le dije que se acabó, que no la aguantaba más.

—También me suena, ¿esto no es una broma? Es que todo se parece demasiado.

—Ojalá fuese una broma y no hubiésemos tenido que pasar por esos malos tragos, ¿no te parece?

—En eso tienes razón...

—Diana no quería a Emma para nada, pero la utilizó para hacerme daño. Ella vivía muy cómoda a mi lado y quiso obligarme a volver utilizando a la niña como arma arrojadiza.

—Ay, Dios, pero eso es horroroso...

—No te imaginas cuánto, es que no te lo imaginas. Sufrí mucho y ella trató de ponerme en el palo de todas las formas que se le ocurrieron, hasta denunciándome falsamente cuando vio que no lograba nada, por lo que estuve a punto de perder mi puesto de trabajo.

—Joder, qué mala uva. No lo concibo...

—Y eso no fue más que la punta del iceberg, porque en su infinita maldad, un buen día se marchó con la niña sin dejar señas...

—¿Y ya no la volviste a ver?

—Nunca, y en su búsqueda sigo. Te voy a enseñar una foto de mi hija, tú misma te asombrarás del parecido...

Tomé su móvil y vi a aquella preciosidad, totalmente sonriente y en brazos de su padre. Me resultó escalofriante que esa mujer hiciera eso con él solo por despecho.

—Es cierto, se parecen mucho, muchísimo, qué cosas...

—Pues sí, supongo que ahora me entiendes.

^a —Perfectamente, es lógico que ver a Clara te remueva por completo, ¿y cómo va la búsqueda? ¿En qué momento estáis?

—Estancada por completo. Los detectives tienen la teoría de que viven en Estados Unidos bajo identidad oculta,

por lo que su búsqueda se asemeja a la de una aguja en un pajar. Por esa razón me emocioné tanto la primera vez que vi a tu hija en el recreo. Siento mucho haberos asustado.

—No, ahora quien lo siente soy yo. Te dejamos hecho un cristo entre la ancianita y yo...

—Créeme que esa no es la cruz que más me cuesta portar...

—Lo imagino... Oye, ¿te gustaría saludar a Clara?

—Cómo no, siempre que no se asuste de mí.

—No, en absoluto. Voy a por ella, enseguida vuelvo.

—Tranquila, no me moveré de aquí, nadie me espera en casa—me sonrió.

¹ Busqué a la cría y se la llevé.

—Mira, Clara, él es Hugo.

—Mamá, ¿es el hombre que me miraba en el cole!

—Sí, cariño. Es poli y un buen hombre, no pretendía hacerte nada malo. Solo te miraba porque tiene una niña que también es chinita como tú, que se llama Emma, y se la recuerdas mucho.

—Anda, pues qué bien—me respondió rascándose su cabecita—. Hola, Hugo, ¿por qué no le dices a tu niña que venga a jugar con Cristina y conmigo? ¿Le gusta bailar? Nosotras estamos preparando una coreografía muy chula ¿baila bien?

—Sí que baila bien, bonita, pero mi niña no vive aquí.

—Ah, vale. Pues díselo cuando venga de vacaciones, ¿vale? Si ya estamos hartas de esa coreografía, hacemos otras. Cristina y yo seremos bailarinas de mayor—le indicó antes de salir corriendo en busca de su amiguita.

—Es una niña muy pizpireta. Emma es algo más reservada, pero cómo me la recuerda...

—Imagino. Te voy a ser sincera, yo me pongo en tu lugar y es para volverse loco. Siento mucho haber sido tan dura contigo, pero ponte en mis zapatos...

— ¿Crees que te voy a juzgar por eso? Una actuación así solo hace que crea que tienes un gran valor, porque lo tienes. Ya me gustaría haberme cruzado en mi vida con una mujer como tú, otro gallo me hubiese cantado. A ti se te nota que amas a tu hija con todo tu corazón...

— ¿Crees que te voy a juzgar por eso? Una actuación así solo hace que crea que tienes un gran valor, porque lo tienes. Ya me gustaría haberme cruzado en mi vida con una mujer como tú, otro gallo me hubiese cantado. A ti se te nota que amas a tu hija con todo tu corazón...

Capítulo 7



Las niñas ya habían terminado el curso y yo trataba de que el ambiente fuese lo más relajado posible en casa, si bien Javier no me lo ponía nada fácil.

Bruno se tomaba un té conmigo en mi jardín cuando le contaba.

—Pues no va y me dice el tío que soy una mala madre porque no le eché a la niña un bikini la otra tarde, cuando se la llevó. Y a raíz de eso no te imaginas cómo me la lio. Me puso de vuelta y media, te prometo que me soltó la lengua—le contaba yo en relación con la última zapatista vivida con él la tarde anterior.

—Es un cabrón con pintas...

—Mira, eso le terminé yo diciendo, porque ni idea de que la niña lo necesitaba. No me reconozco, jamás hubiera insultado a Javier. Pero es bipolar... Perdí los estribos por completo, la verdad.

—No te culpes, ¿eh?

—Es que no sé de qué va. Vino, me increpó, hizo que se me subiese hasta la tensión y cuando me doy la vuelta para entrar en la casa, ¿qué te crees que hace?

—Pues salir arrastrándose hasta su coche, que para eso es un gusano—me comentó.

—Sí que lo es, pero no hizo eso. De pronto comienza a hablarme súper de buenas, como si no hubiese roto un plato... Yo iba encendida, me había insultado, me dijo de todo, hasta que no tendría que haber adoptado una niña, que ni para ser madre valía...

—El tío es un criminal de guerra, te lo digo y te lo repito. Ese lo que quiere es volverte loca.

—Y tanto, porque al final, comienza a excusarse y a hablarme súper bien, ¿sabes? Y yo, que ya no pude más, le dije que era un cabrón y le hice una peineta, entrando en la casa, sin mirarle y sin nada, de espaldas a él.

—Muy bien, más chula que un ocho. Si se ha creído que va a poder contigo, la lleva clara. Por cierto, hablando de eso...

—Ya, que cómo está Clara, ¿no? Pues la niña ya comienza a ver muchas cosas que no le cuadran y hay días que no se quiere ir con él. A mí me da mucha pena y eso que cuando se la lleva...

—No hace falta ni que me lo digas, me lo imagino. Le comprará de todo, porque en el fondo lo que quiere es comprarla a ella.

—Sí, claro, que la cría entra por la puerta que ni Paris Hilton, pero la cosa no queda ahí... Hacen muchos planes en familia, con Carmen y su hijo Héctor, que por lo visto es un niño súper impertinente y la hace rabiar todo el rato. Ayer, entre que le tuvieron que prestar un bikini y que el niño le dio una ahogadilla...

— ¿Dónde estuvieron? Ni que se los hubiera llevado al Caribe.

—Capaz es. Fueron a la piscina del chalet de los padres de Carmen, que están muy metidos en familia.

—Con lo que tu madre le quería, la pobre debe estar asqueada.

—Ya ves, pues como todos. Mi hermano Alberto ya tampoco se habla con él, ellos, que fueron como hermanos. Es una pena.

—Pues normal, ¿cómo le va a hablar haciéndote lo que te hace? Oye, y hablando de penas, ¿cuándo le vas a hacer una llamadita al poli? Te dejó su teléfono y te dijo que podríais tomar un café. Pero chica, como ahora solo tomas té—observó risueño.

— ¿Y para qué le voy a llamar?

— ¿Para darle una alegría a ese cuerpazo de diosa que Dios te ha dado? Tienes un culo con el que podrías partir sandías, te machacas haciendo deporte, y todo para quedarte luego en casa haciéndole croquetas a la niña, ¡que estamos en verano! ¿Para cuándo esa alegría a tu cuerpo, Macarena? —comenzó a bailar.

— ¿A Hugo? No, es muy mono, pero nosotros comenzamos de un modo muy rocambolesco y yo creo que lo que mal comienza, mal acaba. Además, que yo no necesito un polvo.

—En eso te doy la razón: por lo menos necesitas una docena, todos seguidos. Yo me puedo quedar con Clara una noche o una semana, tú eliges, bonita.

—Estás muy loco, Bruno.

—Ya, pero a eso no le podemos hacer nada, mi psicólogo dice que soy un caso perdido.

—Y tanto que lo eres...

—Y otra cosita, mona. Mira, más rocambolescos que fueron mis comienzos con Rafa, y fíjate en cómo hemos acabado.

—Oye, que te recuerdo que estáis divorciados, lo dices como si la vuestra fuera una historia de esas inspiradoras en una comedia de Hollywood, de comer perdices a tutiplén.

—Por favor, una comedia como esas de Seann William Scott, que me gusta a mí más que comer con los dedos ese tío.

—Oye, tu cabeza siempre está volando, ¿no? Lo digo porque ahora vuelves a tener novio.

—¿Y qué? La única condición que le he puesto a Saúl es que, si alguna vez tengo la posibilidad de tirarme a Seann William Scott, no dirá que no.

—Y ni se inmutó, claro...

—Exacto, porque el tío pertenece a otro modo... Pero que nunca se sabe, ¿eh? Yo, cuando me propongo algo...

—Eso es verdad...

—Pues lo dicho, que cuando conocí a Rafa, él estaba entre su novio y un amante, y me metí yo... Lo menos pensado.

—Ya, y no fuisteis “Felices los 4” como en la canción de Maluma, de milagro...

—Ah, no, no, que yo lo mío no lo comparto...

—Eso, pero tu novio que te deje acostarte con Seann William Scott si se da el caso.

—Eso es distinto, se trata de un caprichito gastronómico, porque el tío es un bombón. Comer no es pecado, ¿no? Salvo si se hace con gula, menos mal que yo no como con eso, sino con hambre.

Me tenía que tronchar con él. Fuera el día que fuese y estuviese yo del ánimo que estuviese, él me terminaba sacando las carcajadas.

— ¿Tú quieres que yo te ponga en forma? Te lo he dicho muchas veces, que deberías hacer ejercicio conmigo.

—Mira, como querer no quiero. A mí me gusta más ver cómo lo haces tú comiéndome una caja de donuts, pero como corro el riesgo de echar culo para tres piernas, me temo que tendré que claudicar.

—Pues empezamos ahora mismo...

— ¿Ahora? No, eso sería traicionar al chocolate que tengo en casa. Espera que me lo termine y hablamos, que no soportaría hacerle daño con las muchas satisfacciones que me reporta, ¿por qué no podrá ser el brócoli lo que engorde?

—Pues a mí también me gusta el brócoli, no lo digas con esa cara de asco.

—Ya, pues ya que eres tan de verduras, a ver si te arrimas a un buen nabo, bonita, o al final se te terminará poniendo cara de acelga, que sé que también te gustan...

—Bruno, por Dios...

— ¿Qué le pasa a Dios? ¿Qué he dicho?

Me tenía que tronchar con él. Fuera el día que fuese y estuviese yo del ánimo que estuviese, él me terminaba sacando las carcajadas.

— ¿Tú quieres que yo te ponga en forma? Te lo he dicho muchas veces, que deberías hacer ejercicio conmigo.

—Mira, como querer no quiero. A mí me gusta más ver cómo lo haces tú comiéndome una caja de donuts, pero como corro el riesgo de echar culo para tres piernas, me temo que tendré que claudicar.

—Pues empezamos ahora mismo...

— ¿Ahora? No, eso sería traicionar al chocolate que tengo en casa. Espera que me lo termine y hablemos, que no soportaría hacerle daño con las muchas satisfacciones que me reporta, ¿por qué no podrá ser el brócoli lo que engorde?

—Pues a mí también me gusta el brócoli, no lo digas con esa cara de asco.

—Ya, pues ya que eres tan de verduras, a ver si te arrimas a un buen nabo, bonita, o al final se te terminará poniendo cara de acelga, que sé que también te gustan...

—Bruno, por Dios...

— ¿Qué le pasa a Dios? ¿Qué he dicho?

Capítulo 8



Había quedado para almorzar con Bruno y Rafa. Las niñas estaban en casa de una amiguita y teníamos cosas de las que hablar.

—Se tiene que celebrar una vista para las medidas provisionalísimas, como te comenté—me recordó Rafa.

—Claro, las medidas esas para mientras no tengamos las definitivas que lo regulen todo, ¿no?

—Exacto. Y tenemos un contratiempo, aunque desde el principio te dije que Javier pegaría fuerte.

—Yo sí que le pegaría fuerte a él, ¿qué ha hecho ese? —le preguntó Bruno.

—Ha pedido la custodia de la niña y quiere que ya se la asignen de manera provisional. Abril, no pongas esa cara que esperábamos alguna maniobra así por su parte, ¿eh?

—No, no, Rafa... Yo esperaba que jugara sucio con el dinero, que pretenda dejarme desvalida y mil cosas más, pero mi niña... ¡Si es que pasa olímpicamente de ella! Tú mismo lo has visto muchas veces. Y desde que está con Carmen, ya ni digamos. Todo lo que hacen con ella es una pantomima, pero muchas veces le habla mal y la utiliza. La está usando de arma arrojadiza—al pronunciar esas palabras me acordé de Hugo y de lo que me contó de Diana, que hizo lo mismo con su hija. Se lo comenté a ellos y me dieron la razón.

—Es la de muchos padres, que utilizan a los críos para hacerle daño al otro. En el caso de los hombres recibe el nombre de violencia vicaria y es un mal que planea sobre muchos divorcios, por desgracia—me comentó Rafa.

—¿Y qué podemos hacer? Me estoy poniendo malísima, chicos.

—No se la van a dar, tranquila. El juez no verá ningún motivo para hacerlo, aunque podría contemplar una compartida, eso no te lo niego. En cualquier caso, él ha ido a por todas, ha apuntado alto, Abril.

—He sido muy tonta, debí hacerte caso. Me dijiste que le denunciase, que apestase yo el primer golpe. Y como no

lo hice, me ha pillado con la guardia baja y es él quien me está golpeando, ¿ahora qué hago?

—Puedes denunciarle, pero por desgracia ahora has perdido fuerza porque lo harías después de que él haya movido ficha.

—Ya, y puede interpretarse que le denuncio como venganza por pretender la custodia de la niña, ¿no?

—Así es, porque te has quedado sin pruebas. Otra cosa es que las consigas, aunque me temo que Javier no es tonto y, sabiéndolo, a partir de ahora se comportará de un modo más sutil hasta la celebración de la vista.

—Está bien aleccionado...

—Ya te advertí de que mi compañera es dura de pelar. De todos modos, también te dije que no le tengo ningún miedo y eso lo mantengo. No nos van a ganar el juicio, ni siquiera esta primera batalla de las medidas provisionalísimas. Estate tranquila.

—Rafa, ¿qué aduce para quedarse con la custodia?

—Carácter inmaduro y falta de estabilidad por tu parte, una patraña que no puede demostrar. Quiere dar a entender que ni siquiera te has podido desenvolver en el mundo laboral y que lo poco que trabajaste fue bajo sus órdenes...

— ¡Maldito hijo de puta! Como si yo no sirviese para nada más... Qué tonta he sido, pero qué tonta. Es la guerra, Rafa, esto es la guerra.

—No lo dudes y cómprate ya la cota de malla porque la vista se celebrará la semana próxima.

— ¿La semana próxima ya? Pero si no falta nada...

—Pues mejor, es un mal trago y esos lo ideal es pasarlos pronto. Venga, vamos a almorzar tranquilos y después a preparar todo. Brindemos, porque va a salir bien.

— ¿Lo crees de verdad, Rafa?

—Sí, y tú también debes creerlo, no represento a nadie con actitud derrotista, ¿vale? Es una norma que tengo.

—Claro que sí—le dije dando un sorbo de mi copa de vino y pensando en que parecía mentira que estuviera desarrollando esos sentimientos tan negativos hacia una persona a la que amé con locura durante tantos años.

El vino, al entrar por mi garganta, mitigó la sequedad que me produjo esa mala noticia de que Javier comenzaba a jugar sucio, muy sucio. Me resultaba imposible no pensar en Hugo y en lo que él me contó, porque nuestras historias presentaban muchas similitudes.

Menos mal que Javier era turolense y todas sus raíces las tenía allí, porque yo me sentía incapaz de pasar por un trance como el que le tocó a ese policía que parecía todo sensibilidad, a un bombón de persona por dentro y por fuera que no merecía para nada correr esa triste suerte. La vida, a menudo, no es justa.

El vino, al entrar por mi garganta, mitigó la sequedad que me produjo esa mala noticia de que Javier comenzaba a jugar sucio, muy sucio. Me resultaba imposible no pensar en Hugo y en lo que él me contó, porque nuestras historias presentaban muchas similitudes.

Menos mal que Javier era turolense y todas sus raíces las tenía allí, porque yo me sentía incapaz de pasar por un trance como el que le tocó a ese policía que parecía todo sensibilidad, a un bombón de persona por dentro y por fuera que no merecía para nada correr esa triste suerte. La vida, a menudo, no es justa.

Capítulo 9



El lunes se celebraría la vista y yo me ponía en todo lo peor, ¿y si Javier se sacaba de la manga un as y se quedaba, al menos provisionalmente, con la custodia de la niña?

Él no volvió a hacer ninguna tontería. Su abogada le ató con cuerda corta y no me dio ningún motivo en esos días para ponerle una denuncia. Sabía mucho el muy maldito.

Rafa me tranquilizaba esa tarde de sábado, a pocas horas de la gran cita. Qué fortuna tenerlos a ellos en mi vida.

—Eres una buena madre y tu actitud es irreprochable...

—Pero no tengo trabajo e igual él se agarra a eso. Fíjate las cosas que ha dicho y encima me tacha de inmadura. Es muy fuerte—le recordaba yo agarrándome la cabeza como si se me fuese a caer.

—Cariño, tú no puedes estar así, necesitas salir a dar una putivuelta esta noche—opinó Bruno.

—Ni en broma. Si estoy que no puedo ni dormir, ¿cómo voy a salir de marcha?

—¿Cómo? Pues comiendo, como hago yo—me sonrió—. Venga, tonta, necesitas salir, bailar, reírte con tus amigas...

—Ya me río contigo, Bruno.

—Pero yo tengo plan para esta noche, no puedo hacerte de payaso particular porque viene Saúl. Esa es la mala noticia.

—¿Y la buena? ¿Cuál es la buena?

—Que puedo hacerte de canguro. Ya estás llamando a Sonia y a Ruth y te vas con ellas, ¿eh? Estás harta de decir

que tus amigas te echan de menos, ¡a putivueltear! —me empujaba muerto de la risa.

Era muy convincente, demasiado...

—Pero yo hoy no puedo beber, Bruno. Ya no estoy acostumbrada y la resaca me duraría una semana. No estaría bien el lunes...

—Pues vas de refresco, pero vas... Te pones mona, enseñas pechuga, bailas, subes la temperatura del local, te ríes, los dejas a todos babeando y te largas al final de la noche triunfante como la diva que eres.

—Tú sí que eres único subiendo la moral. Yo ya no tengo 18, ¿eh? Soy una madre de familia y...

—Tú eres una MQMF, que no es lo mismo...

—¿Y eso qué narices es?

—Eso es una Madre Que Me Follaría. Yo no, por razones evidentes, que mi homosexualidad es inquebrantable. Pero sí cualquiera que tenga ojos en la cara y sea un poquito menos gay, como mi Saúl. Andando, ya quiero ver cómo te arreglas esa melena y los dejas a todos flipados, que das un caderazo y mueves el mundo, preciosa.

—Sí, claro, como si mis caderas estuvieran ahora entrenadas.

—Pues a darles marcha se ha dicho. Clara, ¡te quedas a dormir esta noche! —le anunció por su cuenta a mi niña.

—Pero si las chicas igual tienen plan.

—Lo deshacen en un santiamén por ti, ¡a salir! De hecho, ¡te vas ya! —me empujó.

Me evadió arreglarme esa noche. Hacía mucho tiempo que no salía y mucho menos con mis amigas, porque en los últimos tiempos de mi matrimonio se daba la paradójica situación de que, pese a que Javier me ponía los cuernos, luego resultaba que quería acapararme en casa.

Cuando nos separamos y ofendió a mis amigas, entendí que lo hizo así porque las consideraba el enemigo. Ellas podrían abrirme los ojos y a él no le convenía que estuvieran cerca de mí.

Tenía muchas razones para odiarle y, aun así, pretendía apartarlas de mi cabeza porque el odio es un sentimiento que comienza por destruir a quien lo siente y que, a menudo, ni siquiera afecta al otro.

Me puse guapa, no especialmente provocativa porque para nada era mi idea por mucho que dijese Bruno, pero sí sexy, porque lo era y porque el vestido negro ceñido que llevaba me acompañó. Cuando mis amigas me vieron, comenzaron a vitorearme.

—Pero si te pareces a Daniela, la de “Machos Alfa”, deberías hacerte *influencer* como ella—me decían.

—Sí, claro, en lo único que me parezco a ella es en el blanco de los ojos.

—Y en que has tenido a un machirulo a tu lado, guapa.

—Es verdad, en eso también... No había caído, gracias por recordármelo.

—Lo importante es que le has enviado a tomar viento fresco con sus machiruladas, ¿vale? Eso ¡y que nos vamos a beber la noche a sorbos!

Eran mis niñas, las adoraba. Mis amigas de siempre, como mis hermanas y a quienes también les contaba todo junto a Bruno. Lo que sucedía era que ellas estaban muy liadas con sus respectivos trabajos y, al no tener niños, porque Sonia no pudo y Ruth tuvo claro desde pequeña que no quería hacerse responsable ni de un peluche, quedaba más con Bruno para que las crías se entretuviesen, aparte de porque le tenía al ladito.

Pese a eso, moría por quedar con ellas y fue verlas y entender que la idea de mi querido vecino fue la mejor de todas. Habíamos quedado para cenar y luego iríamos a tomar algo.

—El dueño te está mirando—me decían las dos en el restaurante.

—¿A mí? ¿Y por qué se supone que es a mí si estamos las tres?

—Porque te está haciendo una radiografía. Dicen que es un tío muy simpático y está forrado. Míralo un poquito, que no se te van a gastar los ojos por eso, niña. Venga—me dio Ruth un pellizco en la cintura que me hizo^s levantar la cabeza.

—Joder, pues sí que me miraba—les di la razón después de tener que devolverle la sonrisa que me estaba dedicando el tío.

—No dirás que no está bueno. Puedes quedar con él más tarde, se nos une fijo.

—¿Estáis locas? Que es noche de chicas y yo no quiero mezclar. Aparte, que no lo necesito, que yo no busco un polvo.

—Oye, ¿tú cuándo te vas a tirar a otro que no sea Javier? Porque yo no sé cómo se puede vivir sin haber probado más calibres—opinó Sonia.

—¿Podemos hablar de algo que no concierna a mi vida sexual? Os lo pido por favor.

—Bueno, pues hablemos de lo del poli aquel que nos contaste, ¿lo has vuelto a ver?

—Que no, ¿para qué le voy a volver a ver?

—¿Hace falta que te lo digamos? Seguro que estaría dispuesto a sacar su porra...

—Sois dos guarris, ¿podemos cenar tranquilas?

1

—De eso nada, te alborotamos sí o sí.

—Oye, ¿tú cuándo te vas a tirar a otro que no sea Javier? Porque yo no sé cómo se puede vivir sin haber probado más calibres—opinó Sonia.

—¿Podemos hablar de algo que no concierna a mi vida sexual? Os lo pido por favor.

—Bueno, pues hablemos de lo del poli aquel que nos contaste, ¿lo has vuelto a ver?

—Que no, ¿para qué le voy a volver a ver?

—¿Hace falta que te lo digamos? Seguro que estaría dispuesto a sacar su porra...

—Sois dos guarris, ¿podemos cenar tranquilas?

—De eso nada, te alborotamos sí o sí.

Capítulo 10



A la hora de entrar en aquel local de copas, mis amigas me cogieron por la cintura. Estaba hasta la bandera y ya sonaba la música.

—Venga, ¡conga! —exclamaron divertidas mientras me agarraban con el ánimo de que entrásemos bailando.

— ¡Sí! Esta canción es chulísima, me flipa, venga—decía Ruth—. Todas conmigo: *“pepa y agua pa’ la seca, to’ el mundo en pastilla en la discoteca”* —cantó feliz mientras que Sonia y yo la seguimos.

Alegres, comenzamos a acompañarla y así entramos. Por un momento, fue como si me quitase un buen puñado de años de encima, como si volviese a aquellos tiempos en los que todo era diversión despreocupada, como si no tuviese un toro que lidiar esa semana que me asustaba más que si fuese uno bravo.

Las chicas y yo comenzamos a bailar sin tregua.

— ¡¡Copas!! —sugirió Sonia.

—Para mí un cóctel sin alcohol, por favor, que he traído el coche porque hoy no puedo beber—les recordé.

—Te lo vamos a perdonar por lo que te lo vamos a perdonar, pero la próxima vez que salgamos llegarás a tu casa a cuatro patas—me aseguraron las dos.

Me quedé esperándolas, ya que se fueron hacia la barra, y un chico se me acercó. Más bien, me metió cuello.

—Perdona, pero es que yo tengo un montón de años más que tú—le aseguré porque debía andar por los 25, era un verdadero crío, ¿a ti es que se te han olvidado las gafas? —le pregunté.

— ¿Y qué tiene que ver la edad con la química? Deberías dejarte llevar—me comentó mientras que me sacaba a bailar. Lo hacía genial y me sentí la reina de la pista con él mientras la música sensual lo llenaba todo...

—“*Confíesale*
Dile que me perteneces, aunque
Estés con él
Confíesale
Que con un susurro sé erizar
Toda tu piel”

—¿Lo ves? ¿Ves como la edad no tiene nada que ver con esto? —me preguntaba emocionado el chaval, que era una monada y que se movía con una increíble sensualidad por toda la pista.

—Un bailecito más y listo, ¿eh? Que al final me marearé, estoy muy desentrenada—le decía yo.

—Un ciento más, no pienso soltarte en toda la noche—me respondió.

—No, no, no, a mí no me marees, que yo he venido con mis amigas y es noche de chicas.

—¿Con posibilidad de que yo la termine en tu casa? —me preguntó.

—En esta vida, desde luego que no—le contesté entre risas al tiempo que él comenzaba a darme una y mil vueltas

Cuando por fin me pude zafar de tan loca y jovial compañía, me costó llegar derecha hasta mis amigas.

—La madre que me parió, ¿pues no parece que me ha emborrachado el niño? Si voy haciendo esos...

—El yogurín está que se sale y sus ojos... Esos sí que se le salen mirándote, ¿no te lo quieres tirar? —me preguntó Ruth.

—¿Sois la clase de amiga que me conviene? Javier se ha inventado que soy una inmadura para joderme, quedarse con la custodia de la niña y echarme de la casa, ¿creéis que me voy a acostar con un yogurín para darle la razón? Estáis como dos cencerros.

—Oye, que la tal Carmen no es mayor que ese, ¿eh? A ver si él tiene derecho y tú no. Mucho cuidadito. Te tirarás a quien te dé la gana.

—Vale, vale, ahí me habéis cogido. Pero que si puede ser un poco más madurito mejor.

—¿Maduro como yo? —escuché que me preguntaban y, cuando me volví, era el dueño del restaurante en el que

cenamos. Para mí que nos había seguido—. Te estuve mirando antes, me llamo Jorge—se presentó y luego se aclaró la voz.

Estaba triunfando. Era mi noche y eso que no quería nada con ninguno. No me sentía preparada todavía, pero Jorge se empeñó en sacarme a bailar y me tocó dar de nuevo más vueltas que un volador. Otro que parecía que había nacido para ser el dueño de la pista y mis amigas que se tronchaban.

A mí siempre me encantó bailar. Ya comenté que de niña hacía ballet y aparte bailaba hasta con la sintonía del despertador. En los últimos años, eso sí, lo tenía muy dejado, pero yo llevaba la música en las venas, lo mismo que Clara, por mucho que no compartiésemos sangre.

Lo más divertido fue que cuando el yogurín me vio en otros brazos acudió de nuevo y, en cuanto bailé una canción completa con Jorge, me tomó en los suyos para exhibirse.

Yo veía las caras guasonas de mis amigas, quienes me hacían señas de que me lo montase con los dos. Por supuesto que eso no entraba en mis planes, pero sí me dejé seducir por la juventud del uno y por la madurez del otro, y las risas que me eché no tuvieron precio.

A la hora de marcharnos del local, los dos seguían con su rivalidad y a mí me divertía muchísimo, aunque ningún caso les hice cuando el uno y el otro, cada uno por su lado, insistieron en hacer de aquella noche un espectáculo erótico ya en privado, cuando no directamente pornográfico.

—Te los has tenido que quitar de encima, qué divertido—decían ambas, quienes iban un tanto pasadillas de copas

—Sí, solo les ha faltado medírsela para ver cuál de los dos la tenía más larga. Madre mía, menudo mareo que llevo con tanta vueltecita—me quejé.

—Venga, que tú estás fresca como una rosa, ojalá nosotras no hubiésemos bebido, voy borracha como un piojo—me decía Ruth.

—Yo de ti arrancaré que esta te pota el coche, que ya sabes que no tiene aguante—me recordaba Sonia.

—Claro, claro... Ya mismo arranco—les comenté extrañada, como con somnolencia y con una sensación cercana a la pérdida de capacidades. Eso sí, tenía ganas de reír, me sentía desinhibida y todo se intensificaba a mi alrededor.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó Sonia, viendo que sonreía sin ton ni son, todo me hacía gracia.

—De puta madre, estoy mejor que nunca. Ahora mismo me siento muy libre—le comenté.

—Esa es la adrenalina que te corre por el cuerpo al ver que has vuelto al mercado y que se te han rifado—opinó ella.

—Y eso que no has pillado cacho, imagínate si te los llegas a pillar. Esos son años de vida que te llevas para el cuerpo, ¡arranca, que me estoy poniendo fatal! —me pidió Ruth.

—Esa es la adrenalina que te corre por el cuerpo al ver que has vuelto al mercado y que se te han rifado—opinó ella.

—Y eso que no has pillado cacho, imagínate si te los llegas a pillar. Esos son años de vida que te llevas para el cuerpo, ¡arranca, que me estoy poniendo fatal! —me pidió Ruth.

Capítulo 11



Lo único que escuchaba era el sonido del claxon, al quedar sobre el volante tras el golpe... Se trataba de un ruido ensordecedor que me taladraba las sienes y un regustillo a sangre se me vino a la boca.

Acababa de recobrar el conocimiento y mis amigas respiraron más tranquilas.

— ¡Qué susto! Se me ha quitado hasta la borrachera—me decía Ruth cuando comprobó que volvía en mí.

—Yo creo que me he partido una paleta, me noto un pico—añadió Sonia.

Me dio la risa... Sé que puede parecer surrealista, pero le vi la paleta en ese estado y no podía parar de reír.

—Míralo por el lado bueno... Ahora te puedes ahorrar los arreglos de la ropa, tú misma puedes hacer un pespunte—le decía y Sonia no entendía.

—Tía, que me he podido partir toda la boca... Y que mis paletas eran muy bonitas, ¿ahora qué?

—Ahora ya no tienes descuento como antes. Que sepas y entiendas que a Javier no le caes bien y Ruth menos.

—A Javier que le den por...

—Tranqui, que se lo decimos a Alberto y él te la arregla. Mi hermano es un mago de la ortodoncia, mejor que Javier, el otro todo lo que tiene es nombre, se vende muy bien. Pero ya quisiera parecerse a Alberto, no le llega ni a la suela del zapato el muy desgraciado.

—Por Dios, apártate del volante, que me van a tener que ingresar en un psiquiátrico, qué escándalo con el claxon—me decía Ruth.

—Es verdad, cariño, es que me noto lentora... Y no lo digo por haber tardado mil años en separarme de Javier,

¿eh? Sino porque me miro la mano y la veo en cámara lenta, como si hubiera unas cuantas que se superponen... Todo es muy raro—les decía yo con voz pastosa.

—Tú no estás bien, cariño, tú no estás bien—observó Sonia.

—Pues no, no lo estoy... Mi vida entera se ha ido a la mierda, ¿sabéis? No, mejor dicho... Mi vida entera es una puta mierda y yo no tenía ni idea. Todo era una mentira. Javier no me ha querido nunca y ahora me toma por idiota...

—¿Quieres dejar ya de hablar de Javier? Estás muy rara y nos la hemos pegado, nos hemos podido matar...

—Es que tengo un puñetero juicio con él el lunes, y me da miedo que se lleve a Clara. Él no la quiere como yo—me eché a llorar—. Y siento una cosa muy rara en el corazón—les confesé sin darle importancia a sus palabras.

—¿Todavía quieres a ese patán? Yo echo la pota seguro, ¿eh? —me preguntó Ruth.

—No, lo que siento es una taquicardia muy extraña y una presión en el pecho que...

—Eso es por el vestido, te hace escotazo, pero te aprieta fijo. Normal, con las domingas que tienes, qué envidia—prosiguió Ruth tratando de abrir su ventanilla por lo que pudiera pasar.

—¿De verdad no me estáis escuchando? Que siento taquicardia, calor, mucho calor...

—Porque estamos en verano, cariño, y nos acabamos de chocar contra un jodido árbol que ha debido moverse de pronto porque ninguna le hemos visto. Ha sido una hostia terrible, como diría Antonio Recio. Yo no es por nada, pero al saber cómo está el morro del coche—apreció Sonia.

—No es para tanto, es más la impresión—nos informó Ruth, quien ya tenía la cabeza fuera para vomitar.

—Tenemos que llamar a la grúa—resopló Sonia.

—A quien hay que llamar es a la Policía, tienen que hacer el atestado y toda la parafernalia. Pero esperad a que termine de vomitar, que igual están todo buenorros y me da palo que me vean con semejante pedal.

—Yo no quiero que les llamemos, porque esto irá en mi contra en el juicio—les dije temerosa.

—¿También es un delito tener una accidente? Joder con Javier, para inquisidor había servido.

—Es que él dirá que yo iba de cualquier manera, que soy una irresponsable—me eché a llorar.

—Pero si no has bebido ni gota de alcohol, Abril—argumentó Sonia.

—Doy fe, me lo he bebido yo todo, qué náuseas más malas—seguía potando Ruth.

—Pero yo no me encuentro bien, algo me pasa...

—Pues tú dirás que hacemos. Oye, ¿y si llamamos a tu amigo?

—¿A Bruno? No, que él me está haciendo de canguro y además, que no... Bastante le caliento los cascos ya...

—No, al otro, al poli...

—¿A Hugo? Es verdad, Hugo podría ayudarnos, tienes razón.

—Pues dale, corre, te cojo el teléfono.

—Es que yo no sé qué me pasa, si apenas puedo hablar... Y cada vez me veo más dedos en la mano, ya van por lo menos 30....

—Va a ser mejor que llame yo—me dijo—. Venga, desbloquéalo...

—Si no me acuerdo del patrón—le dije flipada.

—Pues pon el marinero entonces, el que sea, ¡pero que nos saquen de aquí! —Ruth se sentía fatal.

—Espera, espera, que creo que es un dibujito así. Voy a cerrar los ojos e igual me sale—le propuse a Sonia.

—Si puede ser, Abril, mejor con los ojos abiertos, que estamos cerquita de la carretera y, como a uno le dé por coger la curva con efecto, vamos a creernos que estos son los coches choque de la feria.

—Es que él dirá que yo iba de cualquier manera, que soy una irresponsable—me eché a llorar.

—Pero si no has bebido ni gota de alcohol, Abril—argumentó Sonia.

—Doy fe, me lo he bebido yo todo, qué náuseas más malas—seguía potando Ruth.

—Pero yo no me encuentro bien, algo me pasa...

—Pues tú dirás que hacemos. Oye, ¿y si llamamos a tu amigo?

—¿A Bruno? No, que él me está haciendo de canguro y además, que no... Bastante le caliento los cascos ya...

—No, al otro, al poli...

—¿A Hugo? Es verdad, Hugo podría ayudarnos, tienes razón.

—Pues dale, corre, te cojo el teléfono.

—Es que yo no sé qué me pasa, si apenas puedo hablar... Y cada vez me veo más dedos en la mano, ya van por lo menos 30...

—Va a ser mejor que llame yo—me dijo—. Venga, desbloquéalo...

—Si no me acuerdo del patrón—le dije flipada.

—Pues pon el marinero entonces, el que sea, ¡pero que nos saquen de aquí! —Ruth se sentía fatal.

—Espera, espera, que creo que es un dibujito así. Voy a cerrar los ojos e igual me sale—le propuse a Sonia.

—Si puede ser, Abril, mejor con los ojos abiertos, que estamos cerquita de la carretera y, como a uno le dé por coger la curva con efecto, vamos a creernos que estos son los coches choque de la feria.

Capítulo 12



Hugo llegó volando y no porque viniese en avioneta, sino porque Sonia era un poco dramática y, poco más o menos, le vino a decir que se encontraría tres cadáveres.

Tan pronto le vi bajarse de su coche, le sonreí.

—Si tú no lo quieres, yo lo adopto. Y si lo quieres también, que tú ya adoptaste a Clara, no lo quieras todo para ti —me decía Ruth mientras seguía echando lo más grande por la ventanilla.

—Sí que está bueno, sí, ahora lo veo claro—le respondí.

—Mira qué graciosa, de pronto te entra el interés. Un poco inmadura sí que vas a ser.

—Ya, y tú, que te has bebido lo más grande... Si el coche echa a arder, no lo apagan ni en tres días.

—Un poquito de por favor, que este muchacho va a pensar que estamos todas como una cuba—decía Sonia.

—Es que yo lo estoy, guapa—le respondió Ruth.

Hugo se aproximó a mi ventanilla con cara de preocupación absoluta. Pero vaya, que aun así era lo más bonito que había parido madre.

—¿Cómo estáis? ¿Alguna se encuentra herida? —nos preguntó abriendo mi puerta.

—Yo solo borracha, pero que me puedes coger en brazos si quieres, agente. Me encuentro muy malita—le dijo Ruth.

—Ella está mala de lo suyo desde que nació, es así, no le hagas ni caso. Eres Hugo, ¿verdad? Te he llamado yo—le comentó Sonia.

—Pero yo lo he visto primero, no seas tú tan lista—añadió la otra.

Yo las escuchaba y me reía.

—Mira Hugo, mira qué montón de dedos tengo en esta mano, ¿tú crees que me han salido del golpe? ¿Eso puede ser? —le pregunté.

—Abril, ¿has bebido? —me preguntó alarmado.

—Unos cuantos refrescos porque no sabes el calor que hacía en la discoteca. Y encima es que tenía a dos pulpos pegados todo el tiempo que daban más calor... No te lo figuras, era como si estuviese alicatando un volcán—le dije desternillada.

—Mírame, Abril...

—Si yo te estoy mirando, lo que pasa es que lo de los dedos me distrae, qué misterio, ¿verdad?

—Decidme la verdad, ¿qué ha bebido? —les preguntó a mis amigas.

—So chivatas, a callar... Ah, no, joder, si es verdad, ¡que no he bebido nada! ¿Qué estás tú diciendo? —me ofendí.

—Es verdad, no ha bebido nada, Hugo, no sé lo que le pasa—me dio la razón Sonia.

—Pues si no está bebida, va drogada—sentenció él.

—¿Drogada yo? ¿Tú te crees que me he apuntado a una ronda de pirulas? Que yo no soy una niñata. Solo faltaría que pareciera eso cuando el lunes puedo perder a mi niña—me eché a llorar sin remedio.

—Tranquila, Abril, ¿qué dices de tu niña? ¿Qué pasa?

—Javier ha pedido su custodia y la vista es el lunes. Hemos salido para que se airease un poco—le explicó Sonia.

—Pero que no me he dado a la bebida y mucho menos a las drogas, ¿eh? Que yo lo llevo todo a palo seco. Bueno, con Coca Cola, que tenía la garganta que me echaba fuego. Y ahora más, con el piñazo que nos hemos dado. Mira yo tengo un hilillo de sangre en la boca y mi amiga está como para que le salga un plan... Se pone ahí a limpiarle el sable a uno y termina con unos pocos de costurones. Enséñale la paleta, Sonia—me reía.

Igual me daba por partirme de risa que por llorar. Y el calor era infernal, insoportable.

—Está drogada, ¿habéis visto si alguien se acercó a su bebida? —les preguntó.

—Yo estoy como para acordarme de nada, qué malita me estoy poniendo, me deshidrato viva con los vómitos, ¿no tendrás tú una botellita de tequila en el coche? —le preguntó Ruth.

Ni le contestó, él solo miraba a Sonia, que era la única que pese a estar perjudicada, se comportaba con cierta cordura.

—No hemos visto nada, ¿le han echado burundanga? También es mala pata, para una jodida vez que sale la pobre —se lamentó.

—Yo apostaría a que ha sido más bien éxtasis...

—“*Exta sí, exta no*

Exta sí, exta no

Exta sí, exta no

Exta me gusta, me la como yo”...

Me puse a cantar por Chimo Bayo y él alucinaba. Yo no me había comportado así en la vida.

—A ver, Abril, mírame fijamente—me pidió.

—¿Tú no querrás darme un pico? Porque te advierto que te quedaría muy poco elegante, aquí delante de mis amigas.

—Lo que sería muy poco elegante es que te lo diera solo a ti y no compartiera, me repatearía. Ronda de picos para todas, *please*.... Y tú tranqui por lo de la pota, Hugo, que yo me como ahora mismo un caramelo de menta—le decía Ruth, que no estaría drogada, pero a la que el alcohol le debía correr a toda leche por las venas.

—Abril, va en serio. Tengo que saber qué te ha pasado, hemos de dar parte y...

, —No, no, yo te miro, te canto o te bailo, lo que tú quieras, como si te apetece que nos morreemos, pero de llamar
, a la Policía nada.

—Pero si yo lo soy y ya estoy aquí, mujer...

—Y bien que se quiere aprovechar. Un morreo dice, no es lista ni nada—le interrumpió Ruth.

—Un poquito de silencio, que tengo que centrarme en Abril, por favor—le pidió.

—Las hay con suerte...

Hugo se me quedó mirando y no tuvo duda, sobre todo al ver el modo en el que sudaba, lo borroso que yo le decía verlo todo y la forma en la que los músculos de la mandíbula se me contraían involuntariamente, al cerrar la boca de golpe.

—Menos mal que te estás percatando, porque te pilla eso haciéndote una felación y no se te levanta más, te la deja como si te la mordiera un Pitbull—le decía mi amiga, que no podía estar más petarda ni yo más perturbada, ¿de verdad me habían drogado?

—Y bien que se quiere aprovechar. Un morreo dice, no es lista ni nada—le interrumpió Ruth.

—Un poquito de silencio, que tengo que centrarme en Abril, por favor—le pidió.

—Las hay con suerte...

Hugo se me quedó mirando y no tuvo duda, sobre todo al ver el modo en el que sudaba, lo borroso que yo le decía verlo todo y la forma en la que los músculos de la mandíbula se me contraían involuntariamente, al cerrar la boca de golpe.

—Menos mal que te estás percatando, porque te pillas eso haciéndote una felación y no se te levanta más, te la deja como si te la mordiera un Pitbull—le decía mi amiga, que no podía estar más petarda ni yo más perturbada, ¿de verdad me habían drogado?

Capítulo 13



Gracias al cielo, ninguna de las tres resultamos heridas de consideración. Yo tan solo presentaba un pequeño corte en el labio y lo único que tuvimos que lamentar fue la rotura de la paleta de Sonia. Con lo coqueta que era, me lo recordaría toda la vida.

Eso sí, conforme Hugo fue realizando las gestiones para que la grúa se llevase el coche y demás, me fui encontrando peor.

—Me deshidrato, me estoy sintiendo muy mal, Hugo, palabra—le decía—. Tengo mucho calor...

—Es que la visión de este maromo no ayuda. Yo también estoy como si me hubiera restregado mis partes por la barandilla que baja al infierno—relataba Ruth mientras seguía potando.

Hugo flipaba con los desvaríos de mi amiga, aunque vi preocupación en su cara respecto a mí.

—Abril, tú debes ir a un hospital. Te han drogado y no creo que tengas costumbre, te noto desorientada y deshidratada...

—Y lo que es peor, el corazón lo tengo pegándome puñetazos en el pecho, como si quisiera salir. Menuda taquicardia...

—¿Existen antecedentes de dolencias cardíacas en tu familia? Es que eso podría complicarlo todo.

—No... Que yo recuerde no—le dije un tanto descolocada y sin apenas poder pensar, mientras los dedos se me multiplicaban ante mis sorprendidos ojos.

—¿Que no vas a decir? Yo estaré borracha, pero a tu padre le dio un infarto hace la tira de años, si no te pudiste ni casar en la fecha prevista. Qué lástima que no pospusiste la boda definitivamente, otro gallito te hubiese cantado. Por ejemplo este, que tiene pinta de gallo líder del corral, aunque para mí que todavía te canta, ya lo verás—añadió Ruth.

—Ruth, que tienes la lengua desatada...

— ¿Es mentira lo del infarto?

—No, no, eso es verdad, que estará borracha pero parece más lúcida que tú—corroboró Sonia—. Sí que hay antecedentes de problemas de ese tipo en su familia, Hugo. Y esta niña tiene el corazón que se le sale, ponle la mano aquí—le invitó a hacerlo ella, quien la tenía en mi pecho.

—Pónsela, pónsela, y luego me la pones a mí también. No seas tonto, que lo estás deseando—le pedía Ruth y a mí me iba a dar algo porque yo nunca la había visto tan desatada con una borrachera. Bien la pilló.

En fin, que Hugo lo hizo y su mueca de preocupación no se hizo de rogar.

—Tengo que llevarte a un hospital, Abril, no hay duda...

—Es que no quiero que parezca que soy una niñata que se ha drogado. El lunes tengo la vista por la custodia de Clara y...

—Tranquila, que esto no saldrá en ninguna parte. Mi hermana Sofía es médica, trabaja en una pequeña clínica en un pueblecito a pocos kilómetros de aquí. Te llevaré allí y ella se encargará de que el tema sea tratado con la mayor discreción. Tu ex no se enterará de nada.

—Es que me ha pasado en el peor momento, ¡maldita sea! Ha debido ser el niñato ese, el que bailaba conmigo.

— ¿David? Pero si parecía un amor—opinó Ruth—. Ese lo único que pretendía era acostarse contigo.

—Pues por eso mismo... Como me resistí, pretendía doblegarme. Oye, Hugo, ¿tú me ves irresistible? —le pregunté con mi trastorno, ese que me llevaba a sentir más taquicardia y una evidente deshidratación.

Tras alucinar en colores por mi pregunta, se encargó de dejar a mis amigas montadas en un taxi y de trasladarme a la clínica en la que trabajaba su hermana, una chica igual de amable que él, la cual enseguida me trató de convencer de que debía denunciar el hecho, aparte de tratarme con todo el mimo.

—Trae un tema judicial muy espinoso entre manos que se solventa el lunes y no le interesa que esto trascienda, Sofía—le contó.

—Pero que yo no soy ninguna drogadicta, de verdad—me lamentaba yo, que cada vez me sentía más desorientada, como si la maldita droga esa estuviera llegando al pico de su efecto.

Sofía se encargó de valorar mi estado en general midiéndole la tensión arterial, la frecuencia cardíaca—la cual debía estar más desbocada que un caballo de carreras— y otra serie de parámetros que yo no había escuchado en mi vida.

Me trató la deshidratación profunda que comenzaba a acusar, puesto que sudaba a chorros y también me controló las náuseas que comencé a sentir, con unas tremendas ganas de vomitar. Si Ruth hubiese estado allí, y con la cogerza que llevaba, diría que me había antojado de dar un numerito de vómitos como el suyo y que yo era una antojadiza.

¹ Me quedé en la clínica hasta el amanecer, cuando mi estado mejoró sensiblemente, y entonces le pedí a Hugo que me llevase a casa.

Lo único bueno que saqué de esa noche, aparte de conocer a Sofía que parecía una chica maravillosa, fue que Hugo no se separó de mi camilla en un solo momento y hasta me cogió la mano en muchos de ellos, dándome ánimos y recordándome que de esa saldría bien parada.

Me resultó lo más tierno del mundo y ver a un poli así de imponente, con ese físico espectacular, derrochando tanta ternura conmigo me supuso una experiencia de lo más gratificante.

Por fin Sofía accedió y él me llevó a casa, en cuya puerta le di las gracias.

—Ya puedes marcharte, por favor, pero que sepas que te estoy inmensamente agradecida por todo esto, ¿de veras no me traerá consecuencias? Es que ha sido la peor de las casualidades.

—De veras que no, despreocúpate por completo de eso, ¿vale? Piensa que Sofía es una gran profesional y que sabrá cómo manejar la situación para que no salga a la luz. Ella es pura discreción y este incidente quedará entre nosotros tres. Lo importante es que ya estás bien y que no debes alterarte, pero se ha podido controlar todo.

—Vale, pues lo dicho... Siento haberte dado la noche. De veras que lo siento.

¹ —Para mí ha sido todo un placer poder ayudarte.

—Gracias, muchas gracias, pero vete a descansar ya, ¿trabajas hoy?

—No, estoy libre, de manera que, si me estás agradecida de verdad como dices, solo te voy a pedir un favor a cambio.

—Tú me dirás...

—1,85 más o menos, pero que no se trata de eso—bromeó.

—Dime, Hugo.

—No tengo nada que hacer y me gustaría poder cuidarte hoy, ¿es mucho pedir?

—¿Tú quieres cuidarme?

—Más que ninguna otra cosa—afirmó.

—1,85 más o menos, pero que no se trata de eso—bromeó.

—Dime, Hugo.

—No tengo nada que hacer y me gustaría poder cuidarte hoy, ¿es mucho pedir?

—¿Tú quieres cuidarme?

—Más que ninguna otra cosa—afirmó.

Capítulo 14



A mí aún se me notaba perjudicada, por lo que cuando Hugo se acercó a contarle, Bruno se empeñó en que Clara permaneciese todo el día en su casa con Cristina para que yo pudiese descansar.

Si algo bueno estaba sacando de mi separación era el hecho de que muchas personas se volcaban conmigo, no había más que verlo, y tal cosa me hacía sentir increíblemente bien.

Eso sí, mi vecino pasó diez minutitos a verme.

—Hay que ser malnacido para haberte hecho esto. Me siento hasta culpable, Abril, que yo te empujé a salir—se lamentaba—. Bueno, ¿qué digo? Y lo volvería a hacer mil veces, que tú tienes que vivir y no vas a dejar de hacerlo porque te puedas topar con gente así de desgraciada, porque mira como también hay personas maravillosas. Hugo es un buen ejemplo—me decía guiñándome el ojo con el otro delante.

—¿Tú no te ibas ya, Bruno? Que se pueden despertar las niñas e igual se asustan si se ven solas.

—¿Esas se van a asustar? Lo que querrían es que las dejásemos así un mes, menudas fiestas formarían. Acuérdate de lo que te digo, Abril, nos dolerá la cabeza con ese par, que les gusta mucho una juega. No sé a quién saldrán—decía él.

—Pues a ti, que te gustan más que a un tonto un lápiz, no te hagas el tonto, ¿cómo te va con Saúl?

—Genial, niña, ya te contaré. Anoche fue la bomba, cada vez estamos mejor. Pero ahora te dejo y olvídate de todo, que Clara estará encantada de pasar el día con su amiguita atormentándome con la música. Cogía yo al Harry Styles ese y le apretaba el cuello rollo Homer Simpson con Burt—reía.

Se marchó y Hugo se reía.

—Es un tipo sensacional, ¿no? Y Rafa también lo es. Aparte, tiene fama de ser uno de los mejores abogados de la ciudad. No te preocupes, que estás en buenas manos.

—Me acordé de ti, Hugo, me acordé cuando me enteré de que Javier pedía la custodia de Clara. Tampoco la quiere bien, es como tu ex, está jugando con ella.

—Qué maldito, pero tú tranquila, que en tu caso no va a suceder nada malo, ¿ok?

—Gracias—le dije pensando en cuán doloroso le tenía que resultar no haber corrido esa misma suerte.

—Ya ves, a mandar—me sonrió.

—Oye, ¿no hay ninguna novedad sobre Emma?

—Ninguna en absoluto, seguimos anquilosados. Es como si alguien me hubiese puesto la pierna encima para que no levante cabeza. Qué diantres, no es que sea como eso: es justamente eso. Diana se ha encargado de hacerlo, aunque hoy no quiero hablar de ese tema, prefiero centrarme en cómo te encuentras tú.

— ¿La verdad?

—Hombre, yo creo que, ahora que sabes que no soy un perverso y que hemos vivido cosas muy intensas esta noche, me debes una—bromeó—, aunque solo sea por la forma en la que me gaseaste con el dichoso spray.

—Por eso y porque te has portado como nadie esta noche, ¿cómo te lo quieres cobrar?

—Con una cenita cuando ya pase lo de mañana creo que estaría bien. ¿Es mucho pedir?

—Lo cierto es que no, muchas gracias por todo, Hugo.

—Pues ahora deberías descansar un poco, no has pegado ojo en toda la noche, ¿por qué no lo intentas?

—Porque no me veo metiéndome en la cama de día. Lo pienso y siento un enorme agobio. Mira cómo luce el sol.

—Pero no estás para salir a pasear, ¿por qué no te tumbas aquí en el sofá y descansas un poco? —me indicó porque estaba sentada a su lado.

—Vale, aunque no te quiero echar de él. Es más cómodo que la butaca orejera—se la señalé—. Esa la compró Javier porque costaba un riñón y ni me gusta ni la veo cómoda. Es puro postureo, como todo lo que hay en su vida.

—Olvídate ahora de Javier y de todo, ¿te parece? Mira, te voy a poner musiquita relajante, te vas a tumbar,

pondrás los pies encima de mí y te irás quedando dormida poco a poco.

— ¿Eres hipnotizador? Porque solo de escuchártelo decir ya me está entrando sueño.

—No lo soy, pero deberías ir dejándote llevar, imagínate el mar... El verano ha llegado a esa playa en cuyas aguas te sumerges día tras día...

— ¿Cómo sabes que me gusta el mar? Es la única pega que le encuentro a Teruel, que no tenga...

—Hay fotos de Clara por todas partes, en el mar. Son preciosas y tú apareces en algunas, feliz, se te nota tan calmada...

—Sí, siempre hemos veraneado en la costa... El mar me tranquiliza más que nada en el mundo. Ojalá pudiera verlo ahora mismo.

—No puedes verlo, pero sí sentirlo. Escucha el romper de las olas en la orilla y cómo se va formando esa blanca espuma sobre tus pies. Siente la brisa en tu cara y cómo tu cabello se va enroscando en...

Aquel pedazo de moreno, alto, fuerte, guapo y amable hasta decir basta, logró que me durmiese con el arrullo de las olas penetrando por mis oídos y llegando hasta mi cerebro, proporcionándole la calma y el sosiego que tanto necesitaba.

pondrás los pies encima de mí y te irás quedando dormida poco a poco.

— ¿Eres hipnotizador? Porque solo de escuchártelo decir ya me está entrando sueño.

—No lo soy, pero deberías ir dejándote llevar, imagínate el mar... El verano ha llegado a esa playa en cuyas aguas te sumerges día tras día...

— ¿Cómo sabes que me gusta el mar? Es la única pega que le encuentro a Teruel, que no tenga...

—Hay fotos de Clara por todas partes, en el mar. Son preciosas y tú apareces en algunas, feliz, se te nota tan calmada...

—Sí, siempre hemos veraneado en la costa... El mar me tranquiliza más que nada en el mundo. Ojalá pudiera verlo ahora mismo.

—No puedes verlo, pero sí sentirlo. Escucha el romper de las olas en la orilla y cómo se va formando esa blanca espuma sobre tus pies. Siente la brisa en tu cara y cómo tu cabello se va enroscando en...

Aquel pedazo de moreno, alto, fuerte, guapo y amable hasta decir basta, logró que me durmiese con el arrullo de las olas penetrando por mis oídos y llegando hasta mi cerebro, proporcionándole la calma y el sosiego que tanto necesitaba.

Capítulo 15



Me vestí para enfrentarme a la vista más importante de mi vida. Era lunes por la mañana y tuve que cubrir con antiojeras las huellas de un fin de semana complicado que Hugo supo suavizar como nadie.

El poli estuvo conmigo, cuidándome y mimándome, hasta la noche anterior, momento en el que se fue y Clara pasó a casa conmigo.

Bruno se ofreció a quedarse con ella también para dormir, pero yo sentía la necesidad de descansar con mi niña esa noche. Incluso, como si notase que algo me estaba removiendo por dentro, Clara se terminó metiendo en mi cama y dormimos abrazadas.

Por la mañana, tras desayunar con ella, Bruno se la volvió a llevar. No podría pagarle nunca lo que estaba haciendo por mí, me parecía algo increíble...

Rafa apareció para acompañarme, recogéndome en su coche. Por el camino, le pormenoriqué todo lo sucedido en la noche del sábado, de lo cual estaba al tanto por Bruno.

—Sí que ha sido un episodio desafortunado, pero ahora debes olvidarlo y centrarte en lo que traemos entre manos ¿vale? No hay un solo indicio que apunte a que seas una madre irresponsable, todo lo contrario, de manera que dado el arraigo que tiene la cría contigo, a la que te has dedicado en cuerpo y alma, no le van a conceder la custodia.

—Pero entonces luchará por la compartida, tú mismo lo dijiste...

—Pudiera ser, pero Javier se cansaría enseguida. Eso no le produciría satisfacción.

—Es cierto, porque él lo que desea es hacerme la puñeta completa, y eso solo le dejaría a medias y tendría sus inconvenientes para él. Se hartaría enseguida...

—Pues entonces. Venga esa sonrisa, que al mediodía estaremos celebrando que ni Javier ni Marta López se

saldrán con la suya. No nos acorralarán, ¿vale?

—Vale—le contesté.

—Las he visto más decididas, ¡venga ese vale!

— ¡¡Vale!!

—Así me gusta más, ahora mismo te pongo la de “Flowers” de Miley Cyrus y quiero verte cantar, aunque me da :
mí que hay quien te compraría flores con mucho gusto, ¿no?

— ¿Hugo? Es un buen tío...

—Y está macizo, no lo niegues.

—Imposible negarlo, solo que ya sabes que yo ahora tengo el corazón blindado, me lo acaban de patear y tiene
puesto el cartel de “cerrado”...

—Sí, claro “cerrado por vacaciones”, ¿o debería decir “cerrado por decepciones”? De eso nada, ¿me estás
oyendo?

—Ya sé por qué estuviste un buen puñado de años con Bruno, Rafa.

—No me vayas a decir que soy tan cansino como él porque eso es imposible—rio.

, —No tan imposible si lo analizas—reí con él.

Me convenció para que cantásemos y los dos terminamos a voz en grito, en su coche, y así llegamos hasta el
juzgado.

Nada más bajarnos del coche me encontré con mi hermano Alberto y con mi cuñada Silvia, a la que también
adoraba y que estaba embarazada del que sería mi primer sobrino.

Los amaba con locura a ambos y eran otros de mis principales apoyos en ese momento, si bien ellos estaban
viviendo un momento muy dulce y yo procuraba no darles demasiado la chapa con mis problemas.

— ¿Cómo estás, cariño? —me preguntó Alberto mientras me daba un protector beso en la frente.

—Muy bien, hermano, ¿y vosotros? Silvia, te veo espléndida—le comenté poniéndole la mano sobre su vientre.

—Lo estoy y tú también. En un rato celebraremos que Javier no se salga con la suya. Sus maldades no parecen tener fin—me comentó.

En ese instante, le vimos aparecer con Carmen, quien era verdaderamente una cría. Ella había tenido a su hijo siendo muy, muy joven, y Javier la exhibía como a una muñequita.

Por si eso fuese poco, miró hacia donde nosotros estábamos de un modo desafiante y Alberto no pudo más. Él, que había sido como su hermano, no logró controlarse y se fue hacia mi ex, cosa que yo temía. Por eso le pedí que no apareciese por allí, aunque él insistió.

—¿De qué te ríes? Te voy a borrar esa asquerosa sonrisita de tu boca, ¿me oyes? Te la voy a borrar de un puñetazo, hijo de...

—Déjalo, Alberto, por favor—le rogué tirando de él.

—No empeores las cosas—intervino Rafa, metiéndose entre ambos.

—Eso es, Alberto, guarda tus fuerzas para consolar a tu hermana porque cuando salga de la vista llorará un mar de lágrimas, ya te lo avanzo.

—¿Qué estás diciendo, desgraciado? Mi hermana no tiene nada que perder, ¿qué inventas?

—Eso ya lo veremos—le desafió con la peor de las sonrisas.

Yo ya iba conociendo a Javier, quien me estaba mostrando su verdadera cara, y me estremecí.

—A mi hermana ni la nombres, tendrías que lavarte la boca antes de hablar de ella, cabrón...

—A tu hermana me la voy a comer con patatas fritas ahí dentro, ¿os habéis despedido ya de Clara? Porque, a partir de ahora, la veréis bien poquito...

A mí casi me da un patatús, porque las piernas me temblaban hasta el punto de que apenas me sostenían y, en cuanto a mi hermano, a él le hervía la sangre.

Rafa trató de tranquilizarnos antes de entrar en sala. Y justo entonces vimos aparecer a Hugo, quien me dijo que también nos acompañaría.

— ¿Este quién cojones es? —me preguntó Javier como si le importase.

—A nosotros ni nos va ni nos viene quien sea—le comentó Carmen, tratando de llevárselo.

—Tú te callas—le respondió él de la peor forma y yo negué con la cabeza.

—Te va a joder la vida igual que a mí—le aclaré a esa chica.

’ —Ni te dirijas a ella, ¿te enteras?

—Cuidado con hablarle así, ¿me oyes? —intervino Hugo, quien venía a toda mecha porque un problema en comisaría le impidió llegar antes.

—Ten cuidado tú, que no sabes dónde te estás metiendo...

—No creo que te tema precisamente, Hugo es policía—le informó Rafa mientras que Marta López, su abogada, se bajaba de su flamante coche y se quedaba mirando la escena, como disfrutándola. Esa era otra arpía.

² —Así que un poli, ¿ahora te van los uniformes, Abril?

—A ti no te importa qué le vaya o le deje de ir, ¿te queda claro? ¡Apártate de ella! —le chilló Hugo.

—¿Este quién cojones es? —me preguntó Javier como si le importase.

—A nosotros ni nos va ni nos viene quien sea—le comentó Carmen, tratando de llevárselo.

—Tú te callas—le respondió él de la peor forma y yo negué con la cabeza.

—Te va a joder la vida igual que a mí—le aclaré a esa chica.

—Ni te dirijas a ella, ¿te enteras?

—Cuidado con hablarle así, ¿me oyes? —intervino Hugo, quien venía a toda mecha porque un problema en comisaría le impidió llegar antes.

—Ten cuidado tú, que no sabes dónde te estás metiendo...

—No creo que te tema precisamente, Hugo es policía—le informó Rafa mientras que Marta López, su abogada, se bajaba de su flamante coche y se quedaba mirando la escena, como disfrutándola. Esa era otra arpía.

—Así que un poli, ¿ahora te van los uniformes, Abril?

—A ti no te importa qué le vaya o le deje de ir, ¿te queda claro? ¡Apártate de ella! —le chilló Hugo.

Capítulo 16



Solo pudimos entrar nosotros dos con nuestros abogados a la vista, a la que llegué devastada.

No sabía cómo se las ingeniaba, pero Javier causaba ese efecto devastador en mí.

Rafa parecía muy confiado, aunque lo cierto era que no esperábamos el arsenal que Javier tenía preparado, sobre todo porque era realmente imprevisible que sucediese todo lo que en esa sala de vistas sucedió.

Lo primero que nos cogió por sorpresa, y eso sí que me dejó muerta en la piedra, fue que ellos argumentasen que yo conduje bajo los efectos de las drogas un par de noches antes.

Recuerdo que miré a Rafa y que él tampoco entendió nada. Se suponía que ese asunto estaba más que acallado por parte de Hugo y de su hermana y, sin embargo, salió a la palestra de la forma más inesperada.

Mi mirada seguía buscando la de Rafa y él trataba de que me calmase.

—Señoría, podemos explicar ese suceso, puesto que mi cliente fue objeto de un lamentable episodio de sumisión química por parte de algún desaprensivo que, en la noche del sábado al domingo, quiso anular su voluntad con un claro móvil de acción criminal en el marco de la violencia sexual y...

Rafa no paraba de hablar, y de hacerlo con una precisión y una rapidez dignas de alabanza y, aun así, las cosas se complicaban para nosotros, pues ellos tiraban con bala.

Nos habían tomado la delantera, y vaya cómo lo hicieron. Era increíble porque antes de que pudiésemos defendernos por esa vía, llegó el siguiente y feroz ataque por su parte.

—Eso está muy bien, Señoría. Entiendo que mi compañero haya salido por la vía de Tarifa y trate de reconducir tan irracional e inmaduro comportamiento por parte de su defendida subiéndose al carro de esas otras pobres víctimas que son verdaderamente atacadas por esos depredadores sexuales. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, no hubo episodio de sumisión química alguna, es decir, que la señora Abril Gámez no fue drogada

involuntariamente, sino que está inmersa en un complicado proceso de drogadicción del que es consciente el psicólogo que la ha tratado durante años, como muestra este informe que usted misma puede leer—se lo señaló Marta López.

—¿Qué informe? ¡¡Eso es mentira!! —chillé sin poder contenerme.

—Señora Gámez, una salida más de tono por su parte y yo misma me encargaré de desalojarla de esta sala de inmediato—me advirtió la jueza.

—Pero es que...

Rafa me miró pidiéndome que me callase de inmediato mientras a él yo podía oírle hasta pensar, de lo rápido que lo hacía.

Era el primer sorprendido junto conmigo, puesto que yo hacía tiempo que no visitaba a José Manuel Santos, el psicólogo al que me hizo ver Javier cuando argumentaba que todas sus infidelidades solo existían en mi cabeza.

¿En qué momento le habían comprado? ¿Cómo era posible? Fue un nuevo y magistral golpe que no vimos venir. En el susodicho informe, se suponía que yo le confesaba ese tipo de problemas así como otros de autocontrol, prueba de mi supuesta inmadurez, a los que también se acogió su abogada.

r

—Tenga en cuenta, Señoría, que en los últimos tiempos la señora Gámez ha llegado a ofender a su todavía marido, como lo muestra el vídeo que podrá ver a continuación, grabado por el propio ofendido en la puerta de la que hasta entonces fue su domicilio familiar. En la grabación, tras un pequeño roce entre la aún pareja, el marido trata de pedir disculpas con el ánimo de que las rencillas vayan a menos mientras que su esposa le tilda de “cabrón”, con perdón de la palabra y, en un gesto de lo más soez, le hace lo que vulgarmente se conoce como una peineta, hechos todos ellos que la retratan a la perfección.

Casi me voy al suelo... Aquel día, mientras yo avanzaba de espaldas a él después de que me hubiese tachado de mala madre y de todo lo peor, Javier me grabó.

Le habían dado la vuelta a la tortilla por completo. La cara de Rafa daba la señal de alarma, pues se descompuso con todo aquello y, aunque quise volver a intervenir, lo único que logré fue que la jueza me echase de la sala.

—Es que le prometo que él me insultó y me maltrató de palabra cuanto pudo, y ha hecho más cosas... Muchas más. Yo misma se las puedo contar—le decía mientras alguien del personal del juzgado me obligaba a salir.

Lo único que logré ahorrarme con mi conducta fue escuchar cómo la custodia de Clara iba a parar a manos de su padre, el cual ocuparía con ella el domicilio familiar.

Prometo que me importaba un bledo tener que dejar la casa porque ese no era castigo alguno al lado de lo que me supuso perder la custodia de mi niña, que fue el mayor varapalo que la vida me asestó hasta ese día.

Para más inri, Javier reía con sorna cuando pasó delante de mí, momento en el que se paró.

—Siempre me saldré con la mía, ve tomando nota—me amenazó en ese instante en el que estuve a punto de abofetearlo.

Si no lo hice, y si Alberto tampoco intervino y se dieron allí mismo de puñetazos, fue porque Rafa y Hugo se interpusieron entre ambos, antes de que entre Carmen y su abogada se llevaran de allí a aquel criminal, porque eso era en lo que se había convertido Javier, como siempre me decía Bruno.

Derrotada, me caí al suelo, llorando y pataleando...

— ¿Lo veis? Es una niñata, lo es...—les decía él mientras se alejaba.

— ¡Eres un maldito! —le chillé en el justo momento en el que la jueza salía de la sala y me pilló, supuestamente increpándole de nuevo.

—Un calvario, Señoría, gracias a Dios que usted hoy ha hecho justicia, porque me está haciendo pasar por un calvario—le decía él.

Prometo que me importaba un bledo tener que dejar la casa porque ese no era castigo alguno al lado de lo que me supuso perder la custodia de mi niña, que fue el mayor varapalo que la vida me asestó hasta ese día.

Para más inri, Javier reía con sorna cuando pasó delante de mí, momento en el que se paró.

—Siempre me saldré con la mía, ve tomando nota—me amenazó en ese instante en el que estuve a punto de abofetearlo.

Si no lo hice, y si Alberto tampoco intervino y se dieron allí mismo de puñetazos, fue porque Rafa y Hugo se interpusieron entre ambos, antes de que entre Carmen y su abogada se llevaran de allí a aquel criminal, porque eso era en lo que se había convertido Javier, como siempre me decía Bruno.

Derrotada, me caí al suelo, llorando y pataleando...

—¿Lo veis? Es una niñata, lo es...—les decía él mientras se alejaba.

—¡Eres un maldito! —le chillé en el justo momento en el que la jueza salía de la sala y me pilló, supuestamente increpándole de nuevo.

—Un calvario, Señoría, gracias a Dios que usted hoy ha hecho justicia, porque me está haciendo pasar por un calvario—le decía él.

Capítulo 17



Javier ya se había ido y entonces sentí que la vista se me nublaba. Los últimos días fueron muy convulsos y mi cuerpo dijo “hasta aquí”.

Cuando me desperté, Hugo me sostenía las piernas en alto. No sé si os habrá pasado, pero supongo que será propio de la especie humana culpar a otro de todos nuestros males. Y yo, al verle, lo hice.

— ¡Suéltame! —le chillé.

—Te has desmayado, cariño. Hugo solo te está ayudando—me comentó mi hermano, quien le había conocido esa mañana, pero parecía estar en buena onda con él.

— ¡Todo ha sido por su culpa, Alberto! Si no me hubiese llevado a esa maldita clínica... Le dije que no quería ir, aun así me convenció porque decía que su hermana no se iría de la lengua, ¿y ahora qué? He quedado como una drogadicta.

—Lo que le ha dado fuerza a eso ha sido el informe comprado al psicólogo, Abril—reaccionó Rafa—. Y el hecho de que supo provocarte para que perdieras los estribos y grabarte. Es muy listo, Javier es muy listo.

—Pero lo de la otra noche lo ha empeorado todo... ¡Lárgate, Hugo! ¡No quiero volver a verte! —le chillé.

—No me digas eso, por favor. Solo pretendo ayudarte—me imploró—. Déjame que lo haga.

—Ya la has pifiado bastante. Ah, y dale las gracias a tu hermana de mi parte, que también sabe guardar un secreto. Con las narices sabe, ¡maldita la hora que os cruzasteis en mi camino!

—Por favor, Abril, ya—me pidió Alberto ante el gesto consternado de Hugo.

—Alberto, él sabe lo que es perder una hija, debería haber actuado con mayor cautela.

—Hice lo que creí correcto, Abril, jamás querría que pasaras por algo ni parecido a lo mío, por mucho que te duela—se defendió.

—Ya, ahora te vas a dedicar a medir dolores, ¡¡¡que te largues, joder!!! —le chillé y tras ello me eché a llorar.

Hugo se fue, no le quedó otra. Y a mí lo que me quedaba era recoger las cosas de mi casa en cuestión de un par de días y dejarla lista para ser habitada por Javier y su nueva familia junto con mi Clara, junto con lo más preciado que tenía en la vida.

Alberto y Silvia me invitaron a irme con ellos de momento, hasta que mi situación mejorase, pero todo eran problemas. Por una parte, su casa estaba en obras, pues la estaban reformando antes de la llegada de su bebé y, por otra, yo no quería aguarles la fiesta.

Me tendría que buscar algo de alquiler con el dinero que me quedaba, pues una parte sí que llegó a mis manos. Y espabilar para buscar trabajo, aunque, ¿qué sentido tendría todo aquello si había perdido a Clara?

Me pasé dos días llorando por las esquinas.

—Ya veremos cuándo encuentras lo que seas, pero mientras te quedas aquí—me ofreció Bruno.

y—Solo unos días, cariño. No voy a soportar verlos viviendo aquí al lado y Clara con ellos. Me moriría de la pena, seguro que no me dejan ni que me acerque cuando no me corresponda. De momento, me han concedido un régimen de visitas muy cortito y supervisado por Javier, puesto que se supone que soy una drogadicta. Yo, que no he probado en mi puta vida ni un cigarrillo, ¿a ti qué te parece?

—Que la verdad resplandecerá. Rafa logrará tumbar todas esas mierdas y Javier se arrepentirá de sus maldades, te lo juro.

—Me estoy muriendo, Bruno, me estoy muriendo—le decía.

Nunca imaginé que abandonar mi casa me resultase tan amargo y no por lo que significaba a nivel material, sino por cómo me encontraba anímicamente y por lo que allí dejaba.

El momento de hablar con Clara fue complicadísimo, porque era evidente que ella no entendería lo que estaba sucediendo.

—Pero, ¿por qué te tienes que ir tú, mamá? Yo quiero vivir contigo.

—Es muy lioso, mi niña. Solo será por un tiempo, ¿vale?

— ¿Y por qué necesitamos ese tiempo? ¿Por qué? Yo solo necesito vivir contigo. Es a ti a quien le cuento todas mis cosas, y papá solo está pendiente de Carmen, mamá. A veces me habla mal... Luego me compra ropa, pero yo lo ha hecho. Yo se lo puedo contar a la jueza.

, —Y lo harás cariño, esto solo es algo provisional—le decía yo mientras le cogía sus manitas y se las besaba a mi chinita del alma, a esa niña a la que quería más que a mi vida.

Rafa tendría que luchar con uñas y dientes para desmontar tantas mentiras y tampoco las tenía todas conmigo sobre eso de que la jueza escuchase a la niña en el juicio, al no tener los 12 años. Incluso, si lo hiciera, él seguiría pareciendo un padre intachable mientras que yo era una inmadura que no sabía controlarse, una niñata que iba por la vida haciendo peinetas y soltando ofensas por la boca porque estaba hasta las cejas de éxtasis. Sí, señor, me lo había pintado bonito.

Bruno hacía todos los esfuerzos posibles para tratar de animarme.

—Vas a tener que sacar fuerzas de flaqueza, reina. Mira, si lo haces, te prometo que dejo el chocolate un mes, a ver si me desintoxico de dulce.

—De desintoxicaciones no me hables, te lo pido por favor...

—Ay, es verdad, qué torpe yo. Cariño, yo confío mucho en Rafa y, en cuanto a lo de Hugo, yo creo...

—Por ahí no vayas, Bruno, porque no te lo voy a consentir. No quiero saber nada de Hugo. Con él todo empezó mal y yo tenía razón cuando te dije que terminaría peor.

—Pero a mí no me puedes engañar, ese poli macizo con porra te gusta, reconócelo.

—Deja de decir pamplinas, que no está el horno para bollos.

—Eso lo dirás tú porque, mientras sí y mientras no, yo pienso preparar uno. De limón con nueces, para que no todo sea chocolate.

— ¿Tú no eres el que va a dejar el dulce?

—Dame un respiro, ¿no? Que resulta que a mí todo esto también me está estresando un poquito, corazón. Y tú todavía tampoco has hecho nada para que me comprometa. Venga, saca esa sonrisa y hasta lo negociamos.

— ¿No lo harás?

— Claro que lo haré, pero no le echaré las nueces.

a

.

— ¿No lo harás?

— Claro que lo haré, pero no le echaré las nueces.

Capítulo 18



A quien sí que había que echarle, pero de comer aparte, era a Javier. El miserable de mi ex se plantó allí a los dos días para hacer uso de su derecho a vivir en nuestra casa con Carmen, su hijo Héctor y nuestra niña.

Yo ya tenía las maletas preparadas y lancé un enorme suspiro en el momento de abrirle la puerta.

—Las cosas de la niña están... Verás, te lo voy a explicar un momento—le comenté preocupada porque ese no sabía dónde estaba nada de nada. Jamás se ocupó de enterarse.

—Ya te estás largando, que no soy tonto—me soltó en ese instante.

—¿A qué tanta prisa? Javier, también es mi casa...

—Era, tú ya aquí no pintas nada.

—Papá, no le hables así a mamá—le pidió Clara.

—Cállate, mocosa. Héctor, vete con ella a su dormitorio, que ahora lo compartiréis.

—Yo no quiero compartir el dormitorio con este niño—le miró ella horrorizada.

—Pues duerme en el sofá y yo me quedo con él, mucho mejor para mí. Y no quiero ver cosas de chicas por medio te las rompo, vamos—le contestó el maleducado del niño.

—Mamá, no te vayas—me pidió Clara rompiéndome el alma.

—Tienes que ser fuerte, cariño. Mamá te quiere con todo su corazón.

—¡Que te largues ya! —me chilló su padre.

—Carmen, por favor. Tú también eres madre, tú tienes que comprenderme—le pedí a aquella chica que, haciendo caso omiso a mis palabras, miró para otro lado.

Clara avanzó hacia mí y me abrazó temblando de los nervios y sin poder parar de llorar.

—Ya está bien, tu madre no se va a la guerra—le dijo él.

—Clara, cariño, tienes que ser fuerte, muy fuerte—le repetí—. Pronto volveremos a estar juntas.

La risotada que me echó Javier en ese instante fue la banda sonora de un espectáculo estremecedor que acabó con un portazo por su parte.

No quería hacerme la víctima, no tenía nada que ver con eso, aunque no pude más que sentarme en el porche y echarme a llorar.

— ¡Hola! —le escuché decir en ese momento a alguien que estaba al otro lado de la verja.

—Hugo, ¿qué haces tú aquí? —le pregunté malhumorada y llorosa.

—He venido a estar contigo, sabía que esto pasaría ahora, me lo dijo Rafa.

—Rafa no tendría por qué haberte dicho nada—le comenté mientras con el dorso de mi mano trataba de limpiarme las lágrimas sin demasiado resultado, pues unas se iban y otras salían nuevamente.

—Acércate, por favor, no te quedes ahí—me pidió.

Lo hice. En el fondo, estaba deseando darle un abrazo. Me había portado muy mal con él y eso que aún no sabía lo que venía a contarme.

„Mientras le abrazaba, vi a Bruno mirando por la ventana, siempre pendiente de mí. Su tranquilizadora sonrisa sacó una mía en un momento en el que Javier me dejó el corazón hecho jirones.

Hugo me llevó a que tomásemos un café, pues accedí para disculparme con él.

—Lo primero que tengo que decirte es que, si tu hermana tuvo que dar parte, tampoco tenía por qué jugarse la carrera por mí. Tú hiciste lo que te pareció mejor y tengo que agradeceréte—me excusé.

—Es que no es eso. Sofía no dio parte, mi hermana me lo ha prometido y la creo a pies juntillas. A ti no te drogaron por casualidad esa noche, Javier pidió a alguien que lo hiciera para que concordase con el informe.

—Fíjate que yo pensé que sería al revés, que él se enteró y le pidió al psicólogo que redactase ese informe urgente previo pago de un buen fajo de billetes, obviamente.

—Sí, no creo que le pagase en ortodoncias, aunque yo le mandaría a la consulta del dentista encantado—me sonrió—. Ese psicólogo es otro malnacido, pero solo una marioneta en manos de tu ex, quien lo tenía todo orquestado desde el principio.

—Hugo, ¿qué voy a hacer? Todo esto es muy complicado, se lo ha montado muy bien.

—Eso es cierto, aunque te garantizo que lo va a lamentar. Cuando acabemos con él, Javier tendrá que rendir cuentas ante la justicia.

—¿Y si no es así? ¿Y si ha ganado la guerra?

—No lo digas ni en broma. Quedan muchas batallas por librarse y tú saldrás airosa de la última, te lo prometo—me dijo mientras levantaba mi mentón.

Era el día más triste de mi vida y yo no estaba precisamente para comenzar nada romántico en ese instante. Sin embargo, cuando mis ojos se posaron en los suyos, cuando nuestras bocas se acercaron lo suficiente, fui yo quien le di un beso que él correspondió con otro más largo y con un abrazo.

—Eres más bonita, Abril...—murmuró.

—¿Te lo parezco? Si ya te he dado una paliza, metido en toda clase de líos, apartado de mi vida, chillado, ofendido, ¿qué es eso que ves tan bonito?

o

—Tu interior y no hace falta que te diga que también tu exterior. Eres la mujer más bonita del mundo, cielo—afirmó mientras sus dedos acariciaban mis mejillas.

5

Nos quedamos allí abrazados y el silencio se instaló entre nosotros. Yo no precisaba que me dijese nada, tan solo que me abrazase y que el calor de sus brazos amortiguase ese frío que, pese a ser verano, me calaba hasta el interior debido a la pérdida de Clara.

Nadie mejor que Hugo para entenderme, nadie como el hombre que había pasado el peor de los tragos y que, a pesar de todos los pesares, no tiraba la toalla en la búsqueda de su hija.

Capítulo 19



No quise hacer las cosas de un modo precipitado. Era evidente que la atracción entre el poli y yo estaba ahí, que nos habíamos besado y que yo no me podía olvidar de ese beso pero, aunque él me ofreció que me fuese a su casa hasta que todo volviera a la normalidad, me quedé con Bruno.

—A mí no me estorbas, ¿eh? Todo lo contrario. Por mí te quedarías a vivir aquí, me encanta tu compañía, Abril, pero lo cierto es que si yo estuviese en tus zapatos, me habría instalado en casa del poli para que nadie me lo quitase. Mira lo rapidito que he amarrado lo mío con Saúl. A mí, cuando me gusta alguien me doy patadas en el culo para conseguirlo. Y a ti te gusta, porque tienes los ojos más tristes del mundo ahora mismo y esa tristeza solo se ve amortiguada cuando hablas con él.

—Sí que me gusta, y me da muchos ánimos, él cree que pronto podremos demostrar toda la patraña que ha montado Javier... Es más, ni siquiera voy a buscar un alquiler porque dice que es cuestión de días que las cosas se arreglen, ¿tú también lo crees?

—Lo creo, lo creo, todo va a cambiar... Y como muestra de buena voluntad, voy a comenzar a hacer ejercicio todos los días contigo.

—Esa es otra buena noticia... ¿Y el chocolate? ¿Ya no lo tienes en casa?

—Por Dios, niña, no blasfemes. Un poquito de chocolate siempre hay que tener en el botiquín.

— ¿Cómo en el botiquín, loco?

—Que sí, que sí, que el chocolate va genial para cualquier urgencia: ansiedad, histerismo, amago de jamacuco...

— ¿Qué es un jamacuco? Yo eso no lo he escuchado nunca...

—Eso lo dice la madre de Saúl, que es de Huelva, más salada... Es como un patatús, ya sabes.

—Lo que no sabía es que ya conocieras a su madre, qué tío, vas como las balas.

—Es que me gusta de verdad, por él sí que dejaría el chocolate si me lo pidiese, fíjate si me ha dado fuerte. Estaría, por lo menos, por lo menos, dos días sin probarlo—se partió de la risa.

Entre unos y otros me estaban animando mucho aparte de que, en contra de lo que pensé en un primer momento, me ayudaba el estar tan cerquita de Clara y poder seguirle los pasos de cerca a Javier.

Lo pasaba mal, muy mal, mi niña lo pasaba fatal puesto que el maldito de su padre le prohibió hasta venir a ver a Cristina... Y no porque yo estuviese en su casa, que ofrecí irme en esos ratos para no perjudicarla, sino por vengarse de Bruno, ya que Cristina tampoco podía pisar la que un día fue mi casa porque mi ex le vetó el acceso.

Javier se hizo el dueño y señor de todo, y hasta parecía haber congeniado genial con el niño de Carmen, con ese aprendiz de déspota que le seguía a todos lados y a quien él le dedicaba mucha más atención que a nuestra propia hija.

Puede parecer que cuento todo esto desde el resentimiento y el distorsionado prisma de una mujer despechada, pero os aseguro que no es así... El resto también lo veía igual porque resultaba evidente la indiferencia con la que Javier comenzó a tratar a Clara, que parecía más un rehén en sus manos que su hija.

Tres largos días llevábamos en esa situación, tres días en los que no puede verme demasiado con Hugo, puesto que él dedicaba todo su tiempo libre a ir de un lado para otro de la ciudad, tratando de encontrar un cabo suelto de que tirar para desmontarle el chiringuito a Javier.

Ni siquiera podía acompañarle porque no habría sido profesional, ya que se valía de su condición de poli para colarse por cualquier rendija en busca de una pista. Pues bien, como digo, tres días le bastaron para dar con una información que fue oro molido para mí, con una consecuencia que me cambió la vida para siempre.

—Lo tengo, preciosa... Lo tengo—me dijo cuando vino a verme aquella noche en la que me pidió que nos fuésemos a su casa, que allí me lo contaría todo y que deseaba pasarla conmigo.

—Mira bonita, que digo yo que si el poli buenorro lo tiene, bien se ha ganado un polvo, así que venga... Recogiendo tus cosas que te vas esta noche de excursión erótico festiva—me soltó Bruno, sin pelos en la lengua, delante de él.

—Pero ¿cómo puedes ser tan animal? —le pregunté entre dientes.

—En eso te tienes que convertir tú, en una fiera, en un animal sexy... Estás un poco oxidada y no me extraña porque el sieso de Javier debe tener menos gracia en la cama que una muñeca hinchable, pero tú tranquila, que seguro que con este macizo te viene la inspiración en un momento, que este debe tener una tableta de chocolate que...

— ¡Calla, demonio! Que vamos a hablar, Hugo me lo tiene que contar todo de pe a pa...

—Claro que sí, primero hablar y luego a festejar a polvazo limpio... O al contrario, que el orden de los factores no altera el producto y, aunque los que vais a follar sois vosotros, el que va a resultar jodido es ese desgraciado. De rebote, vaya. Venga, arreando que es gerundio, que ahora viene mi Saúl y yo me voy a desquitar también aprovechando que hoy la niña está con Rafa...

Me tronchaba, me tronchaba con él y tenía muy claro que, si de verdad recuperaba a mi hija, aquella experiencia me valdría de algo y nunca más me preocuparía por personas que no se lo mereciesen, habiendo otras en el mundo como todos ellos, que me lo estaban dando todo y que se merecían que yo sacase a la guerrera que llevaba dentro.

— ¡Calla, demonio! Que vamos a hablar, Hugo me lo tiene que contar todo de pe a pa...

—Claro que sí, primero hablar y luego a festejar a polvazo limpio... O al contrario, que el orden de los factores no altera el producto y, aunque los que vais a follar sois vosotros, el que va a resultar jodido es ese desgraciado. De rebote, vaya. Venga, arreando que es gerundio, que ahora viene mi Saúl y yo me voy a desquitar también aprovechando que hoy la niña está con Rafa...

Me tronchaba, me tronchaba con él y tenía muy claro que, si de verdad recuperaba a mi hija, aquella experiencia me valdría de algo y nunca más me preocuparía por personas que no se lo mereciesen, habiendo otras en el mundo como todos ellos, que me lo estaban dando todo y que se merecían que yo sacase a la guerrera que llevaba dentro.

Capítulo 20



Desde luego que Hugo era para comérselo. Había movido Roma con Santiago hasta dar con el *quid* de la cuestión. Lo primero fue interrogar a la gente que curra en el sitio de copas en el que estuvimos mis amigas y yo aquella noche.

—Te puedes quedar tranquila porque ninguno de los dos que estuvieron bailando contigo te hizo esa marranada. Quien no se puede quedar tranquilo soy yo, porque se te rifan—bromeó.

—Anda, pues eso me alegra, porque les había cogido una tirria por adelantado... Tú sabes, por si las moscas.

—No, no es el caso. Fue un maleante quien aprovechó lo entretenida que estabas para echarte algo en la copa, lo hemos podido ver a través de las cámaras del local.

—No sabía que hubiese cámaras allí—le comenté.

—Él sí, por eso entró con una sudadera con capucha, te echó el éxtasis y salió volando como el pajarraco que es. Eso sí, no contaba con que en un momento dado, al volverse con rapidez, una chica que iba piripi se chocó con él y la capucha se le deslizó de la cabeza, dejando su rostro al aire por unos segundos.

—¿Y lo has podido encontrar solo por eso?

—Por eso y porque el tío está fichado, lo reconocí de inmediato y no me equivoqué. Llegué a comisaría y encontré su jodida ficha. Luego fui a hacerle una visita y no fue el hecho de que no le llevase flores ni bombones lo que le inquietó, sino más bien que tiene un buen montón de causas pendientes, en una de las cuales depende de testimonio de mi compañera Tania.

—Pero yo no quiero que Tania testifique a su favor con tal de que él confiese...

—Y no lo hará, tranquila. Yo solo le hablé de lo poco que le gustaría a mi compañera saber que él va drogando chicas por ahí, por encargo, sin arrepentirse y sin nada. Y que una confesión por su parte sería lo único que

pudiese evitar que cargase las tintas más aún contra él y que terminase por pudrirse en la cárcel aún más años de los que de por sí le corresponderían. Es lo que tiene Teruel, que es un pañuelito...

—Un pañuelo voy a necesitar yo para secarme las lágrimas, entonces, ¿ha confesado?

—Ha confesado y tiene pruebas contra tu ex. Javier es tan soberbio que ni siquiera contempló que el otro pudiese delatarle, por lo que no ha sido demasiado cuidadoso. Le pagó para que te drogase y meterte en un lío. Nadie pretendió abusar de ti, sino que pareciese que tu hobby es darle tela marinera al éxtasis.

—¿Y esto me valdrá para recuperar a Clara? No sé lo que te hago...

—A mí se me ocurre alguna cosita que me podrías hacer, pero piensa que esto no es todo. Aquí cada cual pagará por sus actos. El siguiente con el que fui a hablar es con el psicólogo.

—Otro hijo de mala madre, porque ese sabía que yo lo pasé fatal con Javier, y mira... Anda que me valió abrirle mi corazón.

—Ese se ha ido por la patilla, tranquila. Le llegué directamente con una estrategia, diciéndole que se trataba del último eslabón de una cadena policial que comenzaba por Javier y que nos llevó hasta él... Y terminó cantando como un tenor, Javier le untó bien, como imaginábamos, pero no ha podido comprar su silencio.

—Todo esto me va a devolver a mi niña, ¿verdad, Hugo? Clara está sufriendo mucho.

—Mañana mismo iré a hablar con la jueza y, con respecto al famoso vídeo de la peineta, tranquila, que ella sabrá ver bien la manipulación por su parte y los muchos motivos que tenías para hacerle una y cien. Lo interpretará como otra de sus jugarretas y todo servirá para joderle más. A los jueces no les gusta que les tomen por tontos, como es obvio, y mucho menos si quien lo hace es un delincuente porque, por mucho que todo esto pueda ahora sorprenderte, Javier se ha convertido en eso. En un jodido delincuente...

—Hugo, todo esto es un sueño...

—Es el karma, que se termina ocupando de los criminales. Tú no te mereces nada de lo que Javier ha hecho contigo y yo...

—No hace falta que lo digas, tú te has dejado la piel para que la verdad resplandezca. Ay, Hugo, si es que yo te voy a tener que querer, ¿qué digo? ¡Yo creo que te quiero ya! Pero que te voy a querer mucho más, ¿eh? Sé muy bien lo que me digo.

—Ven aquí, preciosa, ven aquí. Yo también siento que ya te quiero... Sé que lo nuestro no empezó con el mejor

de los pies, como tú dijiste, pero eso ha cambiado.

—Lo sé, lo sé—le respondí con lágrimas en los ojos—. Eres lo mejor que podía llegarme en esta época de oscuridad en la que has venido a darme luz.

— ¿Sí? Pues al precio que está, se me ocurre que mejor podríamos irnos al dormitorio y quedarnos en una romántica penumbra.

de los pies, como tú dijiste, pero eso ha cambiado.

—Lo sé, lo sé—le respondí con lágrimas en los ojos—. Eres lo mejor que podía llegarme en esta época de oscuridad en la que has venido a darme luz.

—¿Sí? Pues al precio que está, se me ocurre que mejor podríamos irnos al dormitorio y quedarnos en una romántica penumbra.

Capítulo 21



Nos fuimos a su dormitorio, Él me tomó en brazos hasta llegar a su cama, en la que me tumbó con mimo.

—Estoy un poco nerviosa—le comenté mientras mis paletas aprisionaban ligeramente mi labio inferior, en un gesto instintivo.

—¿Y eso por qué, cielo? —me preguntó justo antes de darme un beso.

—Es que te vas a reír y yo no quiero que te rías de mí—negué con la cabeza y pataleé, pasando de los nervios a la risa y sacando la suya.

—Venga, dale, que mis oídos están deseando escucharlo...

—Porque resulta que nunca he estado con nadie más, ¿me explico?

—¿Solo con él? Bien, bien, pues el protocolo policial marca en estos casos que eso ha de cambiar y que es urgente.

—No me digas eso que me da la risa, me imagino a Bruno comiéndome la oreja y diciéndome que me harás esto con aquello con tu porra...

—Si quieres me visto de poli, ¿eh? Por mí no hay problema.

—Otro día, otro día, que estoy yo como para esperar mucho—le confesé junto con una pícaro sonrisa.

—Pues menos mal, porque yo tengo más ganas de desvestirme que de vestirme—me comentó mientras llegaba hasta la cama y sus labios comenzaban a besar distintas partes de mi cuerpo, todas las cuales debían ser erógenas porque me estaba poniendo como una moto.

Yo ya no recordaba lo que era algo así. En los últimos años, Javier fue al grano en el sexo y, a poder ser, a llevarse bastante más de lo que daba en un alarde de generosidad, dicho sea con toda la ironía del mundo, que yo percibía, pero sobre el que guardaba el mismo silencio que sobre otros muchos aspectos de nuestra vida.

Hugo era consciente de esos nervios que me recorrían de arriba abajo y supo tranquilizarme. Se trataba de una situación muy extraña, porque al mismo tiempo me tranquilizaba y me excitaba de un modo que me hacía subirme por las paredes.

Yo ya había fantaseado en ciertos momentos con un encuentro con él en la cama, no se me ocurriría negarlo, pero el calor que me estaba invadiendo era algo totalmente novedoso para mí, con un sofoco que atacaba mi corazón, ese corazón que volvía a palpar en manos del hombre del que me estaba enamorando.

Su físico era imponente. Ya se dejaba ver cuando iba con ropa, no digamos nada cuando le tuve delante de mí con su ancho torso al aire y con esa atractiva sonrisa ladeada que me hizo entrecerrar los ojos y dedicarle otra sonrisilla de esas bobas que más pensaba yo que salían a los 15 que a cerca de los 40 como ya tenía y, sin embargo, era obvio que me equivocaba.

Su recorrido, ese ardiente recorrido que hizo por todo mi cuerpo, contó con dos impresionantes paradas que me removieron todos los cimientos. Mis senos y mi sexo parecían llamarle con luces de neón, aunque también mi trasero fue objeto no solo de sus miradas, sino también de sus halagos.

—Bestial, increíble—murmuró mientras lo pellizcaba y yo sonreía pensando en que todas las sentadillas que hacía al día merecían la pena para escuchar de su boca aquellas palabras. Y sobre todo, para observar su mirada lasciva mientras salían de sus labios.

Se detuvo en él, pero fue cuando se perdía entre mis senos. Me refiero a que tomé conciencia de que algo me iba a pasar en ese instante en el que mi corazón se desató y una intensa lengua de lava bajó desde mi interior hacia mis muslos mientras que mi clítoris estalló.

,

Me aferré a él como si en sus brazos, en esos brazos hercúleos, encontrase la fórmula mágica para amplificar ese orgasmo que grité para un Hugo que me pidió que lo hiciese.

Me ponía, me ponía una barbaridad ese hombre que era capaz de darme el toque justo de delicadeza junto con una generosa ración de sexo más indómito, porque ese sería el adjetivo que mejor podría describir a esa variante que le salía cuando cogía carrerilla y me recordaba por qué le consideraba tan, tan sexy.

No solo no tuvo inconveniente en beber de mi vasija más sagrada, sino que con ello me terminó de preparar, con su lengua, para una primera embestida que yo le rogué.

—No puedo esperar más, no puedo esperar más—le decía con la impresión de que, de seguir así, me terminaría

ederritiendo entre sus manos.

No tuve que hacerlo, él preparó su miembro, lo acercó a mi cavidad más llameante y, sin mediar palabra, pero con sus ojos puestos en los míos, entró en mí.

¿Algo se me removió por dentro, algo que me decía que era eso y solo eso lo que llevaba demasiado tiempo sin sentir... Con Hugo volvía a salir la mujer que yo llevaba dentro, esa que se consideró presa durante años, esa que clamaba por vivir un sexo libre y ardiente que experimenté a golpe de sus embestidas, disfrutando cada una de ellas más que la anterior.

En todo momento estuvo pendiente de mí y de darme justo lo que deseaba. En todo momento me demostró que estaba ahí y que su único propósito era el de hacerme disfrutar. En todo momento me dio a entender que nadie mejor que él para volver a abrir mi corazón, ese que permanecía cerrado bajo candado.

Javier no tenía razón cuando me dijo aquello de que el amor no existía, porque yo lo tenía delante y podía dar fe de ello.

Al terminar de hacerme el amor, Hugo se me quedó mirando y me besó, me besó hasta ir curando todas y cada una de las heridas de mi alma. Me besó hasta asegurarse de que cicatrizaran y, no contento con ello, de borrar sus cicatrices.

a

1

l

e

derritiendo entre sus manos.

No tuve que hacerlo, él preparó su miembro, lo acercó a mi cavidad más llameante y, sin mediar palabra, pero con sus ojos puestos en los míos, entró en mí.

Algo se me removió por dentro, algo que me decía que era eso y solo eso lo que llevaba demasiado tiempo sin sentir... Con Hugo volvía a salir la mujer que yo llevaba dentro, esa que se consideró presa durante años, esa que clamaba por vivir un sexo libre y ardiente que experimenté a golpe de sus embestidas, disfrutando cada una de ellas más que la anterior.

En todo momento estuvo pendiente de mí y de darme justo lo que deseaba. En todo momento me demostró que estaba ahí y que su único propósito era el de hacerme disfrutar. En todo momento me dio a entender que nadie mejor que él para volver a abrir mi corazón, ese que permanecía cerrado bajo candado.

Javier no tenía razón cuando me dijo aquello de que el amor no existía, porque yo lo tenía delante y podía dar fe de ello.

Al terminar de hacerme el amor, Hugo se me quedó mirando y me besó, me besó hasta ir curando todas y cada una de las heridas de mi alma. Me besó hasta asegurarse de que cicatrizaran y, no contento con ello, de borrar sus cicatrices.

Capítulo 22



Al día siguiente, Hugo y Rafa fueron a hablar con la jueza, quien ordenó la detención de Javier y de mi antiguo psicólogo.

Yo les esperaba fuera y, una vez que hubo tomado su decisión, me hizo entrar.

—Hoy mismo podrá volver a estar con su hija, Abril, siento mucho todo lo sucedido. Tenga en cuenta que las pruebas...

—Apuntaban en mi contra, todas, lo entiendo. Javier se encargó de ello.

—Sí, así es. Su exmarido parece tenerle una inquina tremenda, pero no tendrá que temer por él... Ahora que sabemos lo que ha hecho, una orden de alejamiento será su mejor defensa hasta que se celebre el juicio en el que sin duda será condenado.

La juez fue muy condescendiente y, aunque Javier quedaría un tiempo en libertad a la espera de juicio, yo misma pude contemplar con mis propios ojos su detención desde casa de Bruno, con Hugo al lado.

Por fortuna, le detuvieron en un momento en el que Clara no estaba en casa, y eso le evitó a mi hija el dramático espectáculo de ver a su padre salir esposado de casa.

Tras la detención, me acerqué por allí y le comenté a Carmen lo mismo que ya le habían dicho los agentes, que tendría que abandonar la casa de inmediato.

—No tengo ni idea de cómo te las has arreglado. Javier solo quería rehacer su vida, no hay derecho a esta barbaridad, ¡no la hay! —me chilló.

—Me das pena, Carmen, mucha pena—le dije.

—¿Pena porque me tenga que ir de aquí? Yo no quiero ser digna de lástima, no te equivoques conmigo.

—No, me la das porque yo llevé mucho tiempo esa misma venda que llevas tú, aunque ahora es peor porque Javier se ha convertido en un animal sediento de venganza.

— ¡Eso es mentira! —me chilló.

—Si lo es o no, solo el tiempo lo dirá. Y ahora, por favor, coge a tu hijo y vete de mi casa—le pedí sin mirar atrás

No resultó fácil porque, pese a todo el daño que me pudiera haber hecho, Carmen solo fue una joven marioneta cuyos hilos movían las manos de Javier.

Clara llegó un rato más tarde y me encontró en casa, tirándose en mis brazos.

— ¡Mamá! ¡¿Has venido a verme?! —me preguntó ilusionadísima.

—No, cariño, he venido a algo mejor... He venido a quedarme.

— ¿A quedarte, mamá? ¿Papá te deja que te quedes? —me preguntó nerviosa.

—Papá ya no tiene ningún poder de decisión sobre nosotras, Clara.

—Pero ¿eso cómo puede ser? Si tú dijiste que eso que se llama... No me acuerdo cómo se llama, ahora la tenía él.

—Tu custodia, cariño. Eso ha cambiado, ahora podremos vivir juntas. Papá se ha equivocado en una cosa muy importante y eso tiene unas consecuencias, Clara.

—Yo no entiendo nada, mamá, pero si sirve para que tú y yo estemos juntas... A mí es eso lo que me importa.

—Y a mí, cariño, y a mí—le aseguré mientras correspondía al enorme abrazo que ella me estaba dando.

Clara se mostraba inmensamente feliz y yo no lo estaba menos. Hugo nos miraba desde la puerta de casa.

—Clara, cariño, tengo que contarte algo...

— ¿Algo más? Cuenta, mamá, ¿también es bueno? Yo ya no quiero ninguna noticia mala.

—También es bueno, cielo, no te preocupes, ¿vale? Resulta que Hugo nos ha ayudado a poder estar juntas, a que esto sea posible, Mira, está ahí—señalé a la puerta—, ¿le pedimos que pase?

—Claro, mamá, pídeselo porque nos ha ayudado y yo le voy a dar las gracias, y también porque te gusta.

— ¿Tanto se me nota, mi niña?

—Se te nota más, mamá. Me alegro mucho, es un novio muy guapo, pero sobre todo muy bueno. Cuando yo sea mayor quiero uno igual...

— ¿Igual de guapo?

—E igual de bueno, porque papá es guapo, pero yo me he dado cuenta de que no es una buena persona—me confesó mientras con la manita le hacía a Hugo un gesto para que pasase.

Por el amor del cielo, si todo aquello había servido para que mi hija, el día de mañana, escogiera bien, yo me alegraba muchísimo.

—Hola, Hugo, gracias por ayudarnos, ¿vas a ser el novio de mamá? —le preguntó ella sin filtros, que para eso tenía una edad en la que no hace falta usarlos.

—Si ella me deja, no te quepa duda. Para mí será todo un honor...

—Ella te deja y yo también, me parece una idea sensacional, ¿vendrás a vivir con nosotras?

—Bueno, eso no es algo que pueda decidir yo. Ahora no os puedo atosigar, es muy pronto y tu madre necesitará un período de adaptación para conocerme mejor.

—A ti se te conoce pronto, te lo digo yo—arqueó aquella sabihonda una ceja.

—La niña tiene razón, Hugo, yo ya te conozco lo suficiente. Nunca me hubiese precipitado por Clara, pero si ella lo ve así...

—Sí que lo veo y, además, que así tendremos un poli en casa por si aparece algún malo o por si vuelve a aparecer papá—murmuró con preocupación.

—Tranquila, cariño, que eso no va a pasar, ¿ok? Todo va a estar bien y nadie os hará ningún daño, yo me ocupo—le aseguró Hugo.

Se vino a vivir con nosotras ese mismo fin de semana. Sé que para muchos puede parecer que es demasiado

pronto, pero cuando se viven emociones tan intensas como las que me tocó digerir de golpe, el reloj para sus manillas y el tiempo pasa a ser una simple unidad de medida.

A Javier, como era de esperar, le dejaron en libertad provisional a la espera de juicio, en el cual Rafa me aseguró que se le caería el pelo. Hasta entonces, solo nos quedaba hacer nuestra vida y disfrutar de todo lo maravilloso que nos sucedía cuando estábamos juntos.

Hugo me había ayudado no solo a recuperar la autoestima como mujer, haciéndome muy dichosa, sino a poder permanecer al lado de mi hija, que era lo más importante para mí.

Clara estaba encantada porque él la trataba con muchísimo cariño y, cuando el curso comenzó, la ayudaba con los deberes, esos que le costaban bastante menos cuando él le daba las oportunas explicaciones.

A su lado, él también ganó mucho, porque volvió a sentirse padre y el enorme vacío que quedó en su corazón con la marcha de Emma se comenzó a llenar pues, por mucho que Clara no fuera su hija, él se comportaba como un padre con ella. Qué digo como un padre, como un verdadero padrazo, algo que mi niña nunca tuvo.

La vida comenzaba a sonreírnos. El cambio fue espectacular y para bien. Todo marchaba a la perfección y yo agradecía al universo cada día la posibilidad de disfrutar de esos pequeños momentos, de los más intensos y satisfactorios, de esos que muchos no saben apreciar y que, sin embargo, constituyen la sal y pimienta de la vida.

Yo seguía en mi búsqueda de empleo y eso era lo único que me faltaba para sentirme totalmente completa, algo que Hugo me recordaba cada día que llegaría en cualquier momento.

pronto, pero cuando se viven emociones tan intensas como las que me tocó digerir de golpe, el reloj para sus manillas y el tiempo pasa a ser una simple unidad de medida.

A Javier, como era de esperar, le dejaron en libertad provisional a la espera de juicio, en el cual Rafa me aseguró que se le caería el pelo. Hasta entonces, solo nos quedaba hacer nuestra vida y disfrutar de todo lo maravilloso que nos sucedía cuando estábamos juntos.

Hugo me había ayudado no solo a recuperar la autoestima como mujer, haciéndome muy dichosa, sino a poder permanecer al lado de mi hija, que era lo más importante para mí.

Clara estaba encantada porque él la trataba con muchísimo cariño y, cuando el curso comenzó, la ayudaba con los deberes, esos que le costaban bastante menos cuando él le daba las oportunas explicaciones.

A su lado, él también ganó mucho, porque volvió a sentirse padre y el enorme vacío que quedó en su corazón con la marcha de Emma se comenzó a llenar pues, por mucho que Clara no fuera su hija, él se comportaba como un padre con ella. Qué digo como un padre, como un verdadero padrazo, algo que mi niña nunca tuvo.

La vida comenzaba a sonreírnos. El cambio fue espectacular y para bien. Todo marchaba a la perfección y yo agradecía al universo cada día la posibilidad de disfrutar de esos pequeños momentos, de los más intensos y satisfactorios, de esos que muchos no saben apreciar y que, sin embargo, constituyen la sal y pimienta de la vida.

Yo seguía en mi búsqueda de empleo y eso era lo único que me faltaba para sentirme totalmente completa, algo que Hugo me recordaba cada día que llegaría en cualquier momento.

Capítulo 23



Habían pasado unos meses y ese día se celebraba el juicio. Lo cierto es que la abogada de Javier, Marta López, argumentó que en ningún momento el propósito de su cliente fue el de someterme a una vulnerabilidad a través de drogas para agredirme sexualmente, como nosotros pensamos inicialmente de aquel que me hubiese hecho tal cosa en el bar, pero nadie le libró de una condena de unos añitos por haber cometido un delito de utilización de drogas con el fin de desacreditarme ante un tribunal, poniendo así mi vida en riesgo cuando me coloqué al volante igual que la de mis amigas.

Ese atentado contra mi integridad le costaría caro y su mala suerte no terminó ese día ahí, ya que a la salida del juicio, en el que Marta López no pudo hacer nada por sostener su defensa— lo que le llevaría a una sentencia condenatoria—, alguien me sujetó por el brazo y resultó ser Carmen.

—Hola, Abril—me saludó en ese momento con la mirada en el suelo, sin poder mirarme a los ojos.

—Carmen, si has venido para pedirme algo, yo ya he declarado en el juicio y no puedo hacer nada por ti, lo siento

—No, no he venido por eso. Yo ya no estoy con Javier.

—No lo sabía y me alegro por ti. Si de algo te sirvieron mis palabras me alegro, porque te has librado de una buena.

—No, me temo que nadie escarmienta en cabeza ajena, como dice mi madre, pero hace poco una chica entró en contacto conmigo contándome que Javier intentó algo con ella en la consulta justo un día en el que me envió de repente a un recado. Yo no quería creerla, pero va totalmente en serio y está al habla con un abogado para denunciarle. Por lo visto, ante su negativa, intentó forzarla...

— ¡¡Qué horror!!

—Se ve que pensó que ya no tenía nada que perder. Estaba en libertad condicional, pero sabía que iría derecho a la cárcel por lo tuyo, Abril. Pero ahora le caerán muchos más años, ¿verdad? —nos preguntó ella—. Es que se

puso muy violento cuando le dije que le dejaba, y le tengo miedo.

—Denúnciale tú también, Carmen. Si se pone en contacto contigo por cualquier medio, hazlo—le aconsejé.

Me quedé consternada porque lo de Javier ya era de traca. No obstante, nosotros teníamos por delante unas Navidades muy bonitas, dado que mi sobrino Patrick ya había nacido y serían más familiares que nunca, aparte de que tener a Hugo a mi lado era un regalo del cielo.

Unas cuantos días después, volvíamos de la función de Navidad de Clara y Cristina, en la que se lucieron bailando, cuando mi niña cogió la tablet, como siempre.

—Clara, media horita y punto, ¿vale?

—Que sí, mami, que voy a ver solo lo de la iniciativa esa tan bonita que te dije, la de todas las niñas.

—¿Qué iniciativa es esa, Clara? —le preguntó Hugo mientras se sentaba a su lado.

—Es una que han hecho unos profesores para que niñas chinas de todo el mundo, repartidas por todos lados, nos felicitemos la Navidad y hablemos un poquito de la experiencia de nuestra adopción. Una especie de agradecimiento. Mamá me grabó un vídeo y lo subí. Es muy bonito, ¿quieres verlo?

—Claro que sí...

—Hablo de ti, ¿sabes?

—¿Qué me cuentas, ratona? ¿Cómo no me lo habías dicho antes?

—Porque se verá más bonito en el canal, junto con el de las demás niñas. Por lo visto, ya los están editando y hay miles. Espera, que busco mi vídeo—resopló.

—Ni se os ocurra verlo sin mí, ¡que voy! —les advertí mientras corría al sofá.

Eran mi familia, mi niña y Hugo lo eran. Y esa familia no hacía más que crecer porque, aparte, estaban los míos, los suyos y todos nuestros amigos, con Bruno a la cabeza.

—¡Que voy, que voy! —chillaba Clara feliz mientras localizaba su vídeo y pulsaba el *play*, contando que era una niña muy feliz, que España le encantaba y que tenía una madre genial que se llamaba Abril y un papá que no lo era, pero como si lo fuese... Explicaba que daba igual, que no era una cuestión de papeles y que pasaba lo mismo

con la sangre, que ella no necesitaba llevar la mía para considerarse mi hija. Era algo tan bonito, que terminé llorando con hipo, y lo máspreciado de todo fue que a Hugo le ocurrió lo mismo.

—Es lo más precioso que me han dicho nunca, cariño—le confesaba a Clara mientras la abrazaba.

—Es lo que me ha salido del corazón. Esta iniciativa es muy bonita. Cristina también quería participar para contar su experiencia, pero le he dicho que si está loca, que ella no es china... Y entonces va y me dice que le pinte los ojos para que parezcan así rasgados y yo le digo que es una impostora, y ella...

Clara hablaba y hablaba mientras se iba componiendo un precioso puzzle en la pantalla con todas las caritas de las miles de niñas que habían participado y entonces a Hugo se le paralizó el rostro.

—Clara, cielo, ¡para la imagen! —le pidió.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté.

—He visto a Emma, ¡la he visto! —exclamó.

—¿Es posible? ¿Es posible? —le preguntaba yo nerviosísima.

—¡Ya está parada! —le comentó Clara.

—¡¡Es ella, es Emma!!—exclamó él llevándose la mano al pecho y me asusté muchísimo, puesto que creí que le pasaría algo malo y yo otro infarto no estaba en condiciones de asumir.

—A ver, a ver... Espera, que a través de su foto localizo su vídeo. Un momentito...

Los dedos no le temblaron a Clara en el momento de hacerlo. A Hugo y a mí sí que nos temblaban, y no solo los dedos, sino nuestros cuerpos al completo.

—No pone nada del lugar desde el que lo manda, pero vamos a escucharlo.

Sin aliento, oímos el relato de Emma, en inglés, lo que nos daba la pista de que, efectivamente, residía en Estados Unidos. Ella contaba que había sido muy feliz los primeros años de su vida en España, pero que su papi ya no estaba en su vida y que lo extrañaba muchísimo, que su mayor deseo sería el de volver a verle.

Después, se veía cómo acababa el vídeo de manera precipitada, dando la impresión de que alguien entraba en la habitación en la que se encontraba.

Capítulo 24



Tal y como pensábamos, la niña envió el vídeo con un nombre que nada tenía que ver con el suyo, por lo que era evidente que le habían cambiado la identidad.

Lo primero que hicimos fue ponernos en contacto con uno de los detectives que seguía trabajando en dar con su pista quien, a su vez, se puso en contacto con los informáticos que se ocupaban de la plataforma en cuestión.

Enseguida pudieron dar, a través de los datos de la conexión desde la que se envió el vídeo, con la zona en la que fue grabado, en Dallas.

—Juraría que Diana me contó en una ocasión que tuvo un novio de juventud en Dallas, uno con el que se escapó de jovencilla y... Nunca me había acordado de esa historia hasta ahora. Trevor creo que se llamaba.

—Tenemos que ir a buscarla, amor, ese será nuestro regalo de Navidad, el que nos haremos en familia. Ya has escuchado a la niña, no puede olvidarte. Diana no lo ha logrado por mucho que lo pretendiese.

—Emma, mi Emma... Sí, hemos de ir enseguida, he de localizarla antes de que su madre vuelva a llevársela a otro lado, no me lo perdonaría en la vida.

—Yo también quiero ir con vosotros. Es Navidad, yo quiero ir a por mi hermana, porque así va a ser—nos pidió Clara.

—Cariño, tendrá que celebrarse un juicio—le expliqué—. Lo importante es que ya sabemos dónde están, pero su madre se acogerá a su condición de norteamericana para tratar de que las autoridades de allí la amparen. Que la hayamos encontrado no significa que nos la podamos traer por las buenas.

—Pues igualmente quiero ir a conocerla. Y, además, que igual nos llevamos una sorpresa—nos decía, hablando por los codos sobre aquel tema que tanta ilusión le hacía.

— ¿A qué te refieres, mi niña?

—A que igual su madre ya se ha hartado de ella, porque papá también quería mi custodia y, en el fondo, estaba harto de mí. Yo lo sé, mamá, solo lo hizo para dañarte.

Mi hija no sería brillante en los estudios ni falta que le hacía, porque demostrada tener una inteligencia emocional que ya la quisieran muchos.

Salimos hacia Madrid en las siguientes horas con la intención de embarcar directos hacia Dallas. No lo hicimos solos, puesto que Rafa se vino con nosotros. Nunca podremos agradecerle lo suficiente que lo hiciera, puesto que necesitábamos un abogado que pudiera defender nuestros intereses allá donde íbamos.

Aquellas serían unas Navidades muy distintas que celebraríamos con poco equipaje, ya que todo fue muy precipitado, si bien nos llevamos la ilusión en las maletas.

Aterrizamos en Dallas muchas horas después y lo primero que hicimos fue contactar allí con las autoridades. Hugo llevaba consigo toda la documentación relativa a las denuncias que interpuso en España y Rafa le asesoraba en todo momento.

Allí las cosas se hacen por las bravas y, en espera de lo que determinase un juez, Diana fue detenida de manera fulminante. No nos permitieron ir con ellos, pero sí que nos llamaron para que nos presentásemos en la casa inmediatamente cuando ella salió de allí.

Emma nos esperaba en la puerta. Los agentes la pusieron en antecedentes de que su padre pasaría a recogerla y los nervios la atacaban en ese momento.

—Hellen, aquí está tu padre—le indicaron cuando un lloroso Hugo se acercó a ella.

—Yo no me llamo Hellen, yo me llamo Emma—les aseguró antes de echar a correr a los brazos de Hugo, quien la cogió y la cubrió de besos.

—Hija de mi vida...

— ¡Papá, papá! ¿Cómo me has encontrado? Yo sabía que vendrías, que no era verdad eso que decía mamá de que te habías olvidado de mí—le confesaba mientras un río de lágrimas caía por sus bonitas mejillas.

— ¿Olvidarme de ti? Nunca podría, mi niña. Ni un solo día lo hice, te lo prometo. Te he buscado incansable, pero el vídeo nos puso sobre la pista.

—Lo grabé porque me acordaba de ti y te extrañaba, no le dije nada a mamá, ella no quería que hablase de ti.

—Mi vida, mi niña... Ven que te presento. Ellas son Abril y Clara.

—¿Eres china como yo? —le preguntó a Clara un poco cortada porque seguía siéndolo, en eso no había cambiado respecto a lo que nos contó su padre.

—Sí, yo puse el vídeo y tu papá te vio, ¿sabes? Tu papá y mi mamá ahora son novios, por eso tú y yo seremos hermanas.

—¿De verdad? Yo quiero irme a España con vosotros. Mamá vive con Trevor, con su novio de joven, y ellos van a su bola. Están esperando un bebé y la otra noche les escuché decir que ese sí que sería su hijo de verdad, me puse muy triste... Y más me acordé de ti, papá.

—Hija, yo no voy a parar hasta llevarte conmigo. Habrá que pelearlo, pero te prometo que lo lograremos.

—Sí, tu papá es el hombre más bueno e íntegro que conozco, ten por seguro que muy pronto todo estará solucionado—le dije a aquella pequeña que, ciertamente, tanto se parecía a Clara.

Con Emma me sucedió como con mi chiquitina, que fue amor a primera vista. Su carita indicaba que era una niña muy buena y que estaba sufriendo innecesariamente.

Ver la estampa de Hugo con ella en brazos fue el mejor regalo de esas Navidades en las que Papá Noel tuvo a bien traernos el obsequio más oriental y bonito que pudiera hacernos, porque todo nos salió mejor de lo que esperábamos.

—Mi vida, mi niña... Ven que te presento. Ellas son Abril y Clara.

—¿Eres china como yo? —le preguntó a Clara un poco cortada porque seguía siéndolo, en eso no había cambiado respecto a lo que nos contó su padre.

—Sí, yo puse el vídeo y tu papá te vio, ¿sabes? Tu papá y mi mamá ahora son novios, por eso tú y yo seremos hermanas.

—¿De verdad? Yo quiero irme a España con vosotros. Mamá vive con Trevor, con su novio de joven, y ellos van a su bola. Están esperando un bebé y la otra noche les escuché decir que ese sí que sería su hijo de verdad, me puse muy triste... Y más me acordé de ti, papá.

—Hija, yo no voy a parar hasta llevarte conmigo. Habrá que pelearlo, pero te prometo que lo lograremos.

—Sí, tu papá es el hombre más bueno e íntegro que conozco, ten por seguro que muy pronto todo estará solucionado—le dije a aquella pequeña que, ciertamente, tanto se parecía a Clara.

Con Emma me sucedió como con mi chiquitina, que fue amor a primera vista. Su carita indicaba que era una niña muy buena y que estaba sufriendo innecesariamente.

Ver la stampa de Hugo con ella en brazos fue el mejor regalo de esas Navidades en las que Papá Noel tuvo a bien traernos el obsequio más oriental y bonito que pudiera hacernos, porque todo nos salió mejor de lo que esperábamos.

Capítulo 25



Un par de semanas después, los cuatro volábamos de vuelta a España tras pasar las Navidades más emotivas de nuestra vida. Y por los cuatro, en esta ocasión, me refiero a Hugo, a las niñas y a mí, porque Rafa se había vuelto unos días antes tras dejar todo el papeleo listo, con el objetivo de pasar parte de las fiestas en España con su hija y con Bruno.

Como nos vaticinó Clara, resultó que Diana, al verse metida en un follón de categoría, soltó amarras y, dado que quien le interesaba era el hijo que tendría con Trevor, le cedió la custodia de Emma a su padre, a cambio de que no removiese más la mierda y poder seguir con su vida.

Cuando llegamos a Teruel, Bruno, Rafa, Saúl y Cristina nos esperaban con una pancarta de “Bienvenida a casa, Emma” que nos hizo llorar a todos.

Clara, que se llevaba a las mil maravillas con Emma, la cogió de la mano para presentársela a su amiguita Cristina, quien la miró sin ningún recelo.

—A partir de ahora, las coreografías las tenemos que preparar para tres, Cristina, que tengo una hermana—le comentó.

—¿Y también puede ser mi hermana?

—Si tú quieres, pregúntale a ella. Pero la rarita serás tú, que no eres china—le respondió risueña.

A la pregunta de Cristina, Emma le respondió afirmativamente y las dos se pusieron a darle las precisas instrucciones para que bailara con ellas.

—Ya tardaba en sonar Harry Styles, a ese también parece que le hemos adoptado—decía Bruno.

—Ay, amigo, que ya echaba yo de menos tus pamplinas—le comenté.

—Y yo tus clases, que me he pasado un poco con los polvorones y tú sabes, no quiero que asome demasiado la curvita de la felicidad.

—A mí eso me da igual, que yo te quiero con curvita y sin curvita—añadió Saúl.

—Sí, pero luego bien que miras a los buenorros y a las buenorras, que tú eres muy completo y tienes mucho peligro. Oye, Abril, yo he estado pensando una cosa...

—Dime...

—Mira, a ti lo del secretariado te la repampinfla, no es una cosa que te apasione y día que uno trabaja en algo que no le gusta es un día perdido, ¿por qué no montas un pequeño local y nos das clases a los de la urbanización? Ya te tengo localizado uno a buen precio... Haz un curso de monitora de lo que más te guste, de lo que ponga el culo más duro, y te lías la manta a la cabeza.

Miré a Hugo, quien no paraba de decirme que debía enfocarme en algo que me hiciese ilusión y, por una vez en mi vida, no contemplé una idea así de novedosa con vértigo, sino con gran emoción.

—Sí, supongo que podría dar *fitness* y...

—Y zumba, que eso me gusta a mí mucho. Y más ahora, que todos nos estamos zumbando a alguien, porque hasta Rafa, a la chita callando, tiene un regalito que le ha dejado Santa Claus y que ya ha estrenado.

—¿Qué dices, Rafa? ¿Ha sido en estos días?

—Ya lo tenía en mente antes de marcharme con vosotros a Dallas, pero ha sido ver lo bien que os ha salido todo y animarme. Yo también quiero volver a tener a alguien en mi vida. No voy a decir una familia porque esa ya la tengo, y muy grande—nos miró a todos—. Con Óscar voy despacito, pero estoy muy contento.

—Despacito dice. Confiesa, gañán, que tú ese bombón ya lo has desenvuelto un montón de veces...

—Bruno, ¡las niñas! —le recordé.

—Y dale con las niñas... Que esas van a lo suyo y, además, que saben latín, más que nosotros saben...

Un rato más tarde, porque nos fuimos directos a la suya, entramos en nuestra casa, la cual le fascinó a Emma, que era una niña encantadora y que todo lo ensalzaba mucho.

—Es una casa preciosa, papá, preciosa. Nosotros nunca hemos tenido una así, ¿verdad?

—No, cariño, eso es verdad. Lo de la casa se lo debemos a Abril, y no solo eso, también que todo haya salido de maravilla.

—Yo os quiero dar las gracias a todos por haber ido a por mí, me siento más feliz que nunca—nos confesó abrazándonos.

—Me has hecho llorar hasta a mí, ahora tú y yo nos vamos a ir a nuestro dormitorio, porque lo vamos a compartir y les dejaremos que pasteleen un poco, que necesitan intimidad—le indicó Clara que sí, sabía latín y otras lenguas muertas.

Por supuesto que le propusimos a Emma ocupar su propio dormitorio, pero el de Clara era inmenso y las dos estuvieron de acuerdo en que deseaban compartirlo para así pasar más tiempo juntas.

Me quedé allí, a solas con Hugo, y solo podía abrazarle y besarle.

— ¡Lo has logrado! ¡Lo has logrado!

—No, lo hemos logrado entre todos. Formamos una verdadera familia, la mejor que pude soñar nunca, preciosa mía.

Me lo quitó de la boca. Yo tampoco imaginaba ninguna mejor, queriéndonos como nos queríamos y con nuestras dos hijas, esas dos chinitas de nuestro corazón que se llevaban muy poca edad, por lo que incluso fueron al mismo curso a su vuelta a las aulas.

/

Yo me encargaba de dejarlas en el cole y después me iba a ese curso que me habilitaría como monitora de *fitness*, una idea que jamás contemplé y que me hacía feliz, de lo más feliz...

Pronto nuestra vida se encarriló por completo y pude inaugurar ese pequeño local que se me llenó de clientes desde el primer momento. No era descartable que tuviese que ampliar en el futuro y, si así fuera, sería la mejor de las noticias, ya que indicaría que el negocio iba viento en popa.

El día de la inauguración, conté con la presencia de todos los míos dándome ánimos, aunque he de decir que comenzaba esa nueva andadura con las pilas a tope.

Mi mejor publicidad fue el boca a boca que me hizo Bruno, quien se convirtió en mi mejor alumno y en pocos meses estuvo más que contento con sus logros.

—Lo bien que me está sentando a mí la operación bikini, que este veranito te dejamos a la niña unos días para irnos al Caribe, no se quiere venir, que dice que se queda con las tuyas—me comentó un día.

— ¿Te vas con Saúl?

—Pues claro, bonita, que estaría muy feo que me fuese con otro, ¿no te parece? Ah, y también se vienen Rafa y Óscar, mira qué plan más bonito y civilizado, ¿es o no es? Eso sí, yo tengo que lucir palmito como el que más que soy un chupa cámaras de campeonato. Bueno, yo es que lo de chupar lo llevo en la sangre y...

,

; Era mi Bruno y con eso estaba dicho todo. Ese vecino que estuvo en las buenas y en las malas y que se alegró más que yo cuando tuve un golpe de suerte, como canta El Arrebato en ese himno a la buena onda que es su canción “Gente luminosa”... Esa es la única gente que debe permanecer en nuestra vida, la que tiene el poder de la luz, como también cita la misma letra, esa letra que todos deberíamos llevar pon bandera en nuestra vida, arrebatándole a cualquier mala persona el poder de hacernos daño.

,

—Lo bien que me está sentando a mí la operación bikini, que este veranito te dejamos a la niña unos días para irnos al Caribe, no se quiere venir, que dice que se queda con las tuyas—me comentó un día.

— ¿Te vas con Saúl?

—Pues claro, bonita, que estaría muy feo que me fuese con otro, ¿no te parece? Ah, y también se vienen Rafa y Óscar, mira qué plan más bonito y civilizado, ¿es o no es? Eso sí, yo tengo que lucir palmito como el que más que soy un chupa cámaras de campeonato. Bueno, yo es que lo de chupar lo llevo en la sangre y...

Era mi Bruno y con eso estaba dicho todo. Ese vecino que estuvo en las buenas y en las malas y que se alegró más que yo cuando tuve un golpe de suerte, como canta El Arrebato en ese himno a la buena onda que es su canción “Gente luminosa”... Esa es la única gente que debe permanecer en nuestra vida, la que tiene el poder de la luz, como también cita la misma letra, esa letra que todos deberíamos llevar pon bandera en nuestra vida, arrebatándole a cualquier mala persona el poder de hacernos daño.

Epílogo



Dos años después...

— ¡Eres la novia más bonita del mundo! Mira que nunca, en el tiempo que te conocí con el desaborido ese, me imaginé que te vería vestida así de blanco para casarte con otro. Y con esa sonrisa que me llevas, que es el complemento más bonito—me decía mi Bruno.

— ¡Te como esa cara entera, guapo tú! Vaya luna de miel que nos has regalado en Las Maldivas...

—Para eso acabo de dar otro pelotazo. 15 días allí te servirán para follar tanto con tu flamante maridito que lo traerás de vuelta totalmente hipnotizado, y mira que ya lo está, que el tío no mira más que por tus ojos.

— ¿Y me lo dices tú? Si Saúl está que se muere por tus huesos.

—Normal, si es que lo trato a cuerpo de rey, que para eso también es mi marido.

Sí, ellos nos habían tomado la delantera a Hugo y a mí, casándose el anterior año en una preciosa ceremonia que celebraron nada más y nada menos que en Hawái, dado que mi vecino y queridísimo amigo deseaba una boda tan exótica como imborrable.

Hasta allí nos desplazamos todos y sobra decir que las niñas fueron como tres caramelitos con sus atuendos hawaianos, regalándoles un baile tan divertido como especial.

La nuestra sería una boda mucho más convencional, en Teruel, pero con la emoción a flor de piel. Los dos nos moríamos de la ilusión por dar un paso que era más simbólico que otra cosa, ya que nos considerábamos una familia desde el inicio de nuestra convivencia.

La vida nos sonreía, pues Hugo acababa de ascender a subinspector y yo terminé por ampliar mi negocio, poniendo un gimnasio en toda regla y contando con mis empleados. De todos los aspectos legales se encargaba Rafa, quien seguía genial con Óscar, aunque esos dos no tenían mucha intención de hincar rodilla o, al menos

como decía con sorna Bruno, no para sacar un anillo.

La ceremonia civil la celebraríamos al aire libre, en los preciosos jardines de un hotel en el que se dieron cita todos los nuestros. Mis padres; que ya adoraban a Hugo, al que terminaron queriendo como a un hijo, los suyos, que me acogieron con los brazos abiertos por convertirme en la mujer que le cambió la vida a su vástago; su hermana Sofía, mi querida cuñadita, esa que pasó a formar parte del ramillete de mis amigas...

Por cierto, y hablando de amigas, allí estaban Sonia y Ruth, por supuesto. Con unas cuantas copas, Sonia les contó a todos que le tuvieron que reconstruir la paleta en una noche para el olvido y Ruth asentía como si lo hubiese vivido con meridiana claridad, dando datos que indicaban una total sobriedad cuando la realidad fue que llevaba la cogorza del siglo.

La noche de nuestra boda también nos emborrachamos, y no solo de alcohol, nos emborrachamos de felicidad junto a mi hermano Alberto, uno de los grandes puntales de mi vida, que seguía en un dulce momento con mi cuñada Silvia y su pastelito Patrick.

Mis amigos, mis amigos Bruno y Rafa, con sus respectivas parejas, fueron otros de los protagonistas de un día inolvidable en el que mi padre me llevó de su brazo hasta encontrarme con Hugo.

—Me prometiste que vendrías sexy, pero esto... Esto me lo tendrías que haber advertido—me comentó, muy teatrero, cuando me vio aparecer, volteando los ojos esa mañana.

Me sacó la sonrisa, esa sonrisa que denotaba la dicha que sentía al saberme tan querida por el poli de mis sueños, ese hombre que lo daba todo cada día por hacerme sentir especial y que derrochaba amor hacia unas niñas, Clara y Emma, con las que no hacía distinción alguna, puesto que ambas se convirtieron en nuestras hijas.

A la hora del baile, la alegría desbordante corría de brazo en brazo y hasta las tres niñas resultaron sorprendidas con la coreografía de Bruno y Saúl, que nos pusieron a todos en órbita.

Por Dios, que nos quedamos alucinados con sus divertidísimos movimientos, casi imposibles de reproducir por muchos, que parodiaban los que yo hacía en mis clases de zumba.

—Ya veréis, ya veréis mañana cómo estaréis de agujetas hasta en las pestañas, pero ya me lo agradeceréis, se os va a poner el culo de duro...—les soltaba Bruno incitando a seguirles a ritmo de “Bailando Bachata” mientras que la fogosidad de las letras iba haciendo que en los ojos de Hugo apareciese el mismo símbolo de la pasión con la que me miraba ese día y siempre.

5

a

y

2

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel